CUADERNOS historia 16

La América de Roosevelt

José María Solé Mariño



245

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

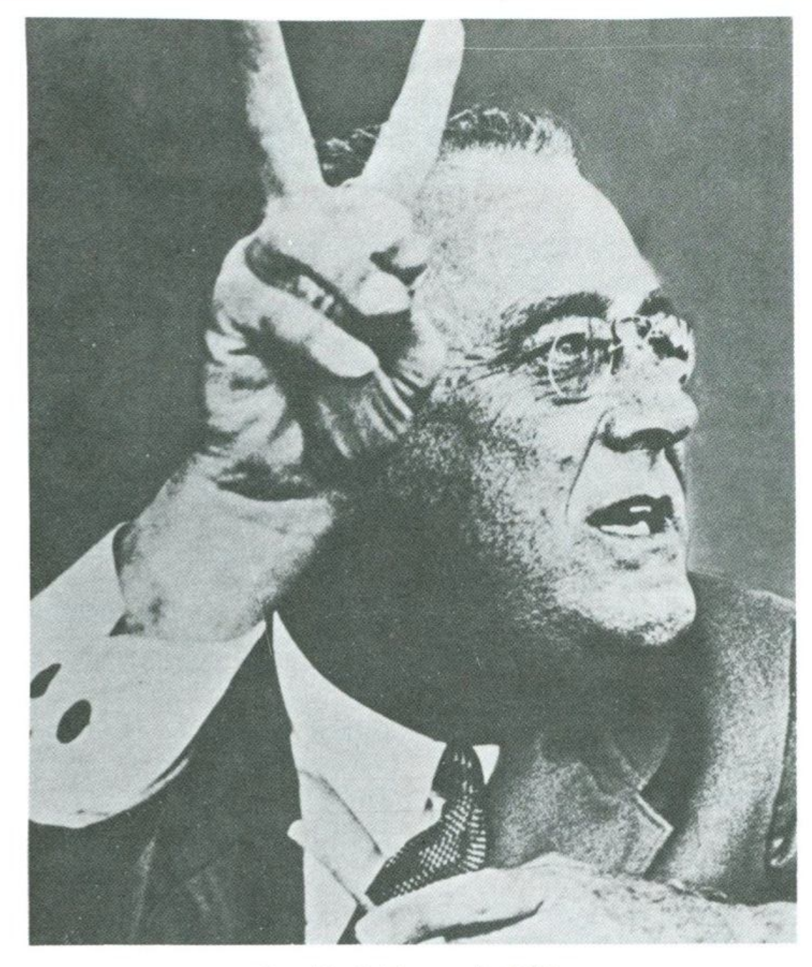
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía

CUADERNOS historia 16

201. Felipe II. • 202. Altamira. • 203. La Commonwealth. • 204. La ciudad castellana medieval. • 205. Los Borgia. • 206. La Arabia de Lawrence. • 207. La guerra de la Independencia 1. • 208. La guerra de la Independencia 2. • 209. El nacimiento de la escritura. • 210. La China de Mao. • 211. La España de Carlos II. • 212. El Neolítico. • 213. La Florencia de los Medici. • 214. La flota de Indias. • 215. El imperio portugués. • 216. Las primeras ciudades. • 217. La independencia de la India. • 218. Viajeros de la Antigüedad. • 219. Los Templarios. • 220. La Iglesia y la II República. • 221. Los virreinatos americanos. • 222. Los tracios. • 223. La Hansa. • 224. El colonialismo. • 225. Los moriscos. • 226. Ciencia del antiguo Egipto. • 227. La independencia de EE UU. • 228. Las siete maravillas de la Antigüedad. • 229. La China de Confucio. • 230. Cromwell y la revolución inglesa. • 231. Las órdenes mendicantes. • 232. El Irán de Jomeini. • 233. El megalitismo ibérico. • 234. El México de Juárez. • 235. Picasso. • 236. Los Balcanes contemporáneos 1. • 237. Los Balcanes contemporáneos 2. • 238. La ruta de la seda. • 239. La reforma agraria en España. • 240. La revolución de 1905. • 241. Troya. • 242. Los condottieros. • 243. El Magreb. • 244. La conquista de Sevilla, 1248. • 245. La América de Roosevelt. • 246. Los vikingos. • 247. La cultura helenística. • 248. El Madrid de los Austrias. • 249. La conquista árabe de la Península. • 250. Japón Tokugawa. • 251. El Oeste americano. • 252. Augusto. • 253. La Barcelona medieval. • 254. La huelga general de 1917. • 255. Japón: de Meiji a hoy. • 256. La medicina en el mundo antiguo. • 257. La Revolución industrial. • 258. Jorge Manrique. • 259. La Palestina de Jesús. • 260. La España de Isabel II. • 261. Los orígenes de la banca. • 262. La mujer medieval. • 263. Descubrimientos geográficos de los siglos XVII-XVIII. • 264. El Egipto ptolemaico. • 265. Los arameos. • 266. La guerra de los Cien Años. • 267. La colonización de América del Norte. • 268. La Rusia de Pedro el Grande. • 269. La dictadura de Primo de Rivera. • 270. Canadá. • 271. El siglo de oro andaluz. • 272. Los Estados Pontificios 1. • 273. Los Estados Pontificios 2. • 274. Los grandes imperios africanos. • 275. Goya. • 276. La Inglaterra isabelina. • 277. Las Naciones Unidas. • 278. La Babilonia de Nabucodonosor. • 279. El Renacimiento. • 280. Los carlistas. • 281. La Rusia de Catalina II. • 282. El Bizancio de Justiniano. • 283. El nacimiento de Portugal. • 284. La revolución cubana. • 285. La generación del 98. • 286. El año 1640. • 287. La Mafia. • 288. La España de Calderón. • 289. El nacimiento del cine. • 290. La España de Fernando VII. • 291. Aviñón. • 292. El teatro griego. • 293. El peronismo. • 294. Las revueltas campesinas en Andalucía. • 295. La América de la opulencia. • 296. La Castilla del Cid. • 297. La II Internacional. • 298. Hispanos en Roma. • 299. El siglo de Luis XIV. • 300. Los Reyes Católicos.



Franklin D. Roosevelt, 1937

Indice

LA AMERICA DE ROOSEVELT

Por José María Solé Mariño
Historiador

La América de Roosevelt

José María Solé Mariño
Historiador

VERANO de 1932. El territorio de los Estados Unidos se encuentra azotado por la desesperación y sumido en el fatalismo. Las grandes ciudades muestran sus sucias calles llenas de niños sin escuela, de hombres sin trabajo y de madres que cada mañana se lanzan en busca de algunos alimentos para sus familias...

En el campo, los pequeños cultivadores se ven arrojados de sus granjas y empujados a una difícil e incierta emigración. Centenares de renqueantes camiones recorren el país en busca de la nueva tierra de promisión, mientras que los trenes son asaltados por grupos de parias o por forajidos que acaban de desvalijar las casas que han quedado vacías.

Las fábricas que funcionan en la que es una primera potencia industrial del mundo son ollas hirvientes de malestar y protesta. La eficaz acción de pequeños grupos de agitadores de izquierda logra atizar la explosiva situación. La propaganda oficial les señala como verdaderos criminales que actúan en contra del interés público.

En el otoño de 1929, cuando el hundimiento de la Bolsa de Nueva York inició la depresión, en el país había un millón y medio de parados. Ahora, tres años después, su número sobrepasa con creces la aterradora cifra de los doce millones.

Los poderes públicos, incapaces de poner remedio a la situación, únicamente saben hacer uso de la fuerza que está en sus manos. En este verano, una marcha de protesta pacífica integrada por veteranos y mutilados de la pasada guerra se enfrenta a la carga que el Ejército realiza para disolverla en las calles de la capital federal. Han dirigido esta acción, ordenada por el presidente Hoover, el general MacArthur y el todavía coronel Eisenhower.

Mientras todo se desmorona, es evidente el fracaso absoluto de los sectores gobernantes. Es evidente, también, que un cambio total de política se impone como marco de solución a los dramáticos problemas presentes. Es preciso ejercer, así, una acción directa desde el poder. Una acción enérgica capaz de barrer viejos usos y caducas estructuras. De hecho, los hombres que la preparan están ya dispuestos a tomar el relevo en los puestos de mando de la nación.

Crisis y esperanza

Franklin Delano Roosevelt había nacido en 1882 en el seno de una aristocrática familia de la región del Hudson. Una niñez y juventud pasadas en los más exclusivos colegios, estudiando idiomas extranjeros y viajando repetidamente por Europa, parecían anunciar su conversión en el más acabado arquetipo del caballero rural de Nueva Inglaterra. Graduado en leyes por la universidad de Harvard, en 1905 contrae matrimonio con una prima suya —Eleanor, que tendrá una destacada presencia en toda su vida— y se instala en Nueva York.

En 1910 se convierte en senador por este Estado, ya dentro del partido demócrata. En 1913, su moderado progresismo le vale acceder al puesto de subsecretario de Marina. Aquí actuará como un eficaz y hábil gestor. El que se había mostrado defensor de la autonomía municipal, el voto femenino y la ayuda a los campesinos, será ahora un firme adalid de la idea de participación de los Estados Unidos en la guerra mundial, que desde el verano de 1914 ensangrienta a Europa.

La presencia norteamericana en los campos de batalla, iniciada en 1917, se resuelve de la forma más brillante, pero el país prefiere abandonar el protagonismo internacional y replegarse sobre sus propios problemas. En las elecciones de 1920, Roosevelt se presenta como candidato demócrata a la vicepresidencia, con James Cox como posible jefe del Ejecutivo. El fracaso que cosecha le llevará a concentrar sus planes en el desempeño de lucrativos negocios particulares. Poco después, sin embargo, un repentino ataque de poliomelitis le hunde en la más absoluta inmovilidad.

Una larga y trabajosa recuperación, base de la leyenda que sobre él está comenzando a fraguarse, le va a permitir ser candidato al puesto de gobernador del Estado de Nueva York. El intenso esfuerzo desplegado por este activo paralítico se verá coronado por el triunfo en las urnas. Cuando estalla, pocos meses después, el *crack* financiero desencadenante de la crisis generalizada, Roosevelt ve llegada la oportunidad de llevar a efecto alguna de las medidas de urgencia que tenía en mente desde tiempo atrás.

Su política de defensa de los recursos naturales, fomento de la agricultura, planificación regional y protección de los trabajadores industriales le valdrá la reelección en 1930. Su carrera hacia la Casa Blanca se muestra así ya imparable. Cuando la hora del relevo en la cúspide del Estado ha llegado, todas las miradas de talante reformista se concentran en su persona. Roosevelt se convierte así en el hombre elegido para personificar las transformaciones que millones de norteamericanos exigen.

Los notables del partido demócrata hace tiempo que han decidido jugar la baza de Roosevelt. Joseph Kennedy, que ha sabido salvar su fortuna del hundimiento bolsístico, es el más decidido partidario de la idea de utilizar todas las posibilidades que ofrece la persona y la imagen externa del candidato. Y para ello se encargará personalmente de conseguir la buena voluntad y el apoyo de socios y

La depresión económica provocada por el crack de 1929 supuso un importante descenso en el nivel de vida norteamericano. La renta per cápita no se recuperaría hasta los años cuarenta, tal como refleja el gráfico.

PRODUCTIVIDAD Y RENTA EN ESTADOS UNIDOS

1924 = 100

Producción horaria por obrero

Producción por obrero

Renta per cápita

170 160 150 140 130 120 110 100 90 80 70 60 50

1924 1925 1926 1927 1928 1929 1930 1931 1932 1933 1934 1935 1936 1937 1938 1939

G. LLORENTE

Abajo, *una típica representación del paro en esos años cruciales, por Isaac Soyer*

amigos en la tarea de fabricación del Presidente adecuado para las circunstancias. En este sentido conseguirá convencer, entre muchos otros, al gran magnate del periodismo William Hearst, capaz de inclinar en favor de Roosevelt todo el decisivo peso de la rica e influyente California.

Así, la campaña presidencial de 1932 presenta caracteres de gran atrevimiento y novedad, que sorprenden tras la atonía e inercia que habían definido a los años anteriores. Roosevelt utiliza a fondo todas las inmensas posiblidades que para entonces ya ofrece la radiodifusión, pero también se somete a largas giras personales, que le llevan a recorrer la práctica totalidad del territorio norteamericano.

En sus intervenciones habla con vehemencia de reforma y recuperación, y trata sobre cuestiones —paro obrero, ruina agrícola, protección al consumidor, socorro al necesitado— que afectan de forma muy directa a una elevada proporción de la población de los Estados Unidos. A estas alturas, su aspecto físico irradia cordialidad, al tiempo que inspira profunda confianza. Todos saben de su tremendo esfuerzo desplegado para superar la enfermedad, y ello le aporta un valiosísimo prestigio que ningún otro candidato posee.

Roosevelt aparece, contrariamente a la realidad, lleno de sabiduría y experiencia. Y cuando promete un *nuevo trato* con los *hombres olvidados,* sólo los más iniciados saben que está apoyado activamente por toda la densa red del caciquismo urbano, que se extiende por el país y que decide en definitiva las orientaciones de la vida pública.

El futuro presidente es muy receptivo, y en sus apariciones públicas o radiodifundidas es capaz de alcanzar efectos de gran damatismo. Sus profundas carencias no parecen constituir problema alguno: a su alrededor se ha formado un formidable equipo de expertos —el célebre *trust de los cerebros*— dedicado a suministrarle las necesarias informaciones, al tiempo que elabora los fundamentos del programa que ya se anuncia como el *New Deal,* el *nuevo trato* para el pueblo americano.

Roosevelt sabe prometer muy bien, en un estilo hasta entonces nunca visto. Cuando proclama que lo que el país necesita y exige es una experimentación valiente y tenaz, viene a responder a las expectativas de millones de futuros votantes. Ante una situación tan difícil como la que el país vive, resulta fácil comprender el efecto de algunas de sus bien estudiadas frases: *Es de sentido común adoptar un método e intentarlo; si fracasa, reconocerlo francamente y ensayar otro. Pero, sobre todo, intentar algo.* Esta insistencia en la acción le aportará el apoyo de tantos indecisos cansados de las siempre incumplidas promesas de los gobernantes tradicionales.

Se ha creado de esta forma el personaje idóneo para reunir los intereses de los sectores que ahora pretenden controlar el poder. Roosevelt es, al mismo tiempo, el perfecto instrumento de transmisión de los mensajes lanzados a tantos y tantos norteamericanos dispuestos a salir de la inercia y el letal estancamiento. Cuando afirma que *a lo único que debemos temer es al temor mismo,* no hace más que verbalizar con fortuna una fórmula utópica para un país postrado que no sabe cómo salir de la situación en que se encuentra.

Roosevelt, al poder

En las elecciones, celebradas el 18 de noviembre de 1932, la victoria del partido demócrata no sorprende a nadie. A lo largo de la campaña ha quedado suficientemente claro el hecho de que una elevada proporción del electorado va a dejar de tener en cuenta sus convicciones políticas previas. Convencidos de que su sistema de vida propio está en peligro, millones de norteamericanos van a apoyar a la opción que se presenta dispuesta a salvarlo. El *Nuevo Trato* personificado en la figura de Roosevelt es, de esta forma, el verdadero clavo ardiendo al que muchos deciden aferrarse, como último recurso ante los acuciantes problemas personales y colectivos.

Así, el partido demócrata obtiene un 57,3 por 100 del total de los votos, es decir, casi unos veintitrés millones. El partido republicano, a pesar del profundo desprestigio que le rodea, se reserva un 40 por 100 del total. El voto popular se ha entregado a Roosevelt en una proporción jamás vista en la historia del país. Ello da a los demócratas el control del Congreso y del Senado. Enfrente, la izquierda —socialistas y comunistas— apenas consigue un millón de votos, tras advertir contra las ambigüedades y verdadera naturaleza de la fórmula rooseveltiana.

Mientras tanto, la crisis bancaria no ha hecho más que agravarse. Si en 1929 habían sido cinco mil las entidades caídas en la quiebra, dos días antes de la toma de posesión del nuevo Presidente los gobernadores de 22 Estados se ven obligados a ordenar el cierre de las oficinas abiertas al público. Ahora es ya prácticamente imposible efectuar el cobro de un simple talón. El presidente saliente, Hoover, trata de hacer que su sucesor comience a trabajar en estos asuntos, pero el grupo de Roosevelt ha decidido comenzar su acción sin tener nada que ver con la Administración anterior, repetidamente atacada como corrupta e ineficaz. Así, limpio de toda sospecha, el presidente electo va a demostrar hacerse cargo de la gravedad de la situación sin caer en el fácil recurso de esconder la cabeza bajo el ala. El discurso que sigue a su juramento como primer mandatario de la nación, ante la gran columnata del Capitolio de Washington, lo ilustra de la mejor forma posible:

Ante todo, dejadme afirmar mi profunda creencia en que lo único a lo que debemos temer es al propio temor, el terror sin nombre, irrazonable, injustificado, que paraliza los esfuerzos necesarios para convertir una retirada en un avance. En cada hora oscura de nuestra historia nacional, un liderazgo de franqueza y vigor se ha encontrado con la comprensión y el apoyo del propio pueblo, que es esencial para alcanzar la victoria. Estoy convencido de que prestaréis de nuevo tal apoyo a los dirigentes en estos días críticos.



Diversos miembros de la administración USA en 1914. En el centro, *el presidente Wilson, chaqueta negra y pantalón blanco.* A la izquierda, *Franklin D. Roosevelt, a la sazón secretario adjunto de la Marina*

Para los teóricos del *New Deal,* el capitalismo norteamericano ha alcanzado plenamente su mayoría de edad. Creadas por ello unas nuevas circunstancias, todas las estructuras productivas del país deberán adecuarse a ellas. De esta forma, muchos de los principios básicos, casi sagrados, del capitalismo tradicional van a verse arrumbados por los esquemas implantados por la nueva realidad. La gran era del individualismo, de la permanente expansión y de las oportunidades inagotables ha terminado en medio del caos. Ahora, una nueva forma de gobernar debe basarse ante todo en la permanente intervención de las autoridades en la vida económica.

Esta intervención deberá actuar como inductora, guía y control de todas las actividades a realizar. Y

Los días de la gran depresión. Izquierda, *colas de parados esperando comida;* derecha, *dos parados suben a un tren en marcha para trasladarse a otro lugar en busca de trabajo*





Roosevelt, en este momento crucial, no duda en reiterar los más duros y directos ataques contra los responsables de la nefasta situación reinante. Por contra, anuncia los beneficiosos efectos que se derivarán de su estrategia de permanente acción. La comparación entre las dos visiones no puede por menos que resultar ventajosa para su oferta, sobre todo contando con que ya desde sus primeras horas de ejercicio de la Presidencia comienza a actuar de forma muy visible.

Este mismo día 4 de marzo, en que toma posesión de su cargo, Roosevelt ordena una breve vacación bancaria, con el fin de solucionar un problema que de hecho tenía su clave en la confianza de los inversores y ahorradores. Es la primera medida que va a hablar por sí misma de las reales capacidades del nuevo Presidente. De hecho, el *salvador* ha anunciado que la emergencia de la situación exige emergencia en las medidas a adoptar. Y se considera lo suficientemente fuerte como para anunciar a unas sumisas Cámaras un marcado incremento del poder del ejecutivo. Los sagrados principios del equilibrio de poderes están ya siento tocados, pero van a ser muy escasas las voces que emitan su protesta, en general ignorada por la gran mayoría.

A los pocos días, cuando el presidente hable por radio en la primera de sus *Charlas junto al fuego,* podrá anunciar la reapertura de los bancos, y pedirá a sus oyentes que no duden en volver a depositar en ellos su confianza y sus ahorros. La mañana siguiente verá a millones de norteamericanos agolpados ante las ventanillas bancarias y, tranquilizados por unas frases que esperaban oír desde hacía largo tiempo, inyectar en las entidades los fondos necesarios para su recuperación.

Está abierto el periodo denominado de los *Cien Días,* tres meses a lo largo de los cuales cada nuevo mandatario debe ser capaz de ofrecer una idea real de sus capacidades de acción, y de la veracidad de las promesas emitidas al pedir el voto a los electores. Los *Cien Días* de Roosevelt serán los más activos, brillantes y vertiginosos que ha conocido Norteamérica, demostrando un dinamismo legislativo ni siquiera imaginado con anterioridad.

El nuevo presidente ha formado un gabinete atípico, integrado por personas sin un pasado político, libres también de posibles culpas y, en algunos casos, incluso no convencionales. Una novedad le presta una especial significación: Frances Perkins, trabajadora social en Nueva York, pasa a ocuparse de la crucial Secretaría de Trabajo. Es la primera mujer que ocupa un puesto de este nivel en la historia de los Estados Unidos. La nueva Administración presta una especial atención a su imagen, que se presenta como algo nuevo y profundamente reformador.

Vértigo legislativo

La trepidante etapa legislativa que se inicia va a estar, sin embargo, organizada más que por este gabinete visible, por aquel *grupo de cerebros* que, aunque formalmente disuelto, seguirá actuando en la sombra del poder. A su frente está la prodigiosa inteligencia de Harry Hopkins, experto en cuestiones de bienestar social. Partiendo de una serie de ideas aparentemente progresistas, la acción de los *new dealers* es en el fondo profundamente conservadora. Y como tal, aun mejorando la situación de los más necesitados, siempre beneficiará en definitiva a los siempre insaciables *comerciantes de la escasez.*

Un somero repaso de las leyes que de forma inmediata se promulgan habla por sí mismo de este verdadero vértigo legislativo, que la voluntad de los hombres del *New Deal* impone a los primeros meses de la presidencia de Roosevelt.

— Acta Bancaria de Emergencia, de 9.3.33. Decide la reapertura de las oficinas bancarias. El Tesoro Público comienza a actuar en una doble dirección: por una parte, impide la acumulación de oro; por otra, emite moneda en suficiente cantidad.

— Acta sobre Economía, de 20.3.33. Reduce el costo de los Presupuestos del Estado, junto con los salarios de los trabajadores para el Gobierno, y ordena otras varias —y muy populares— medidas de ahorro.

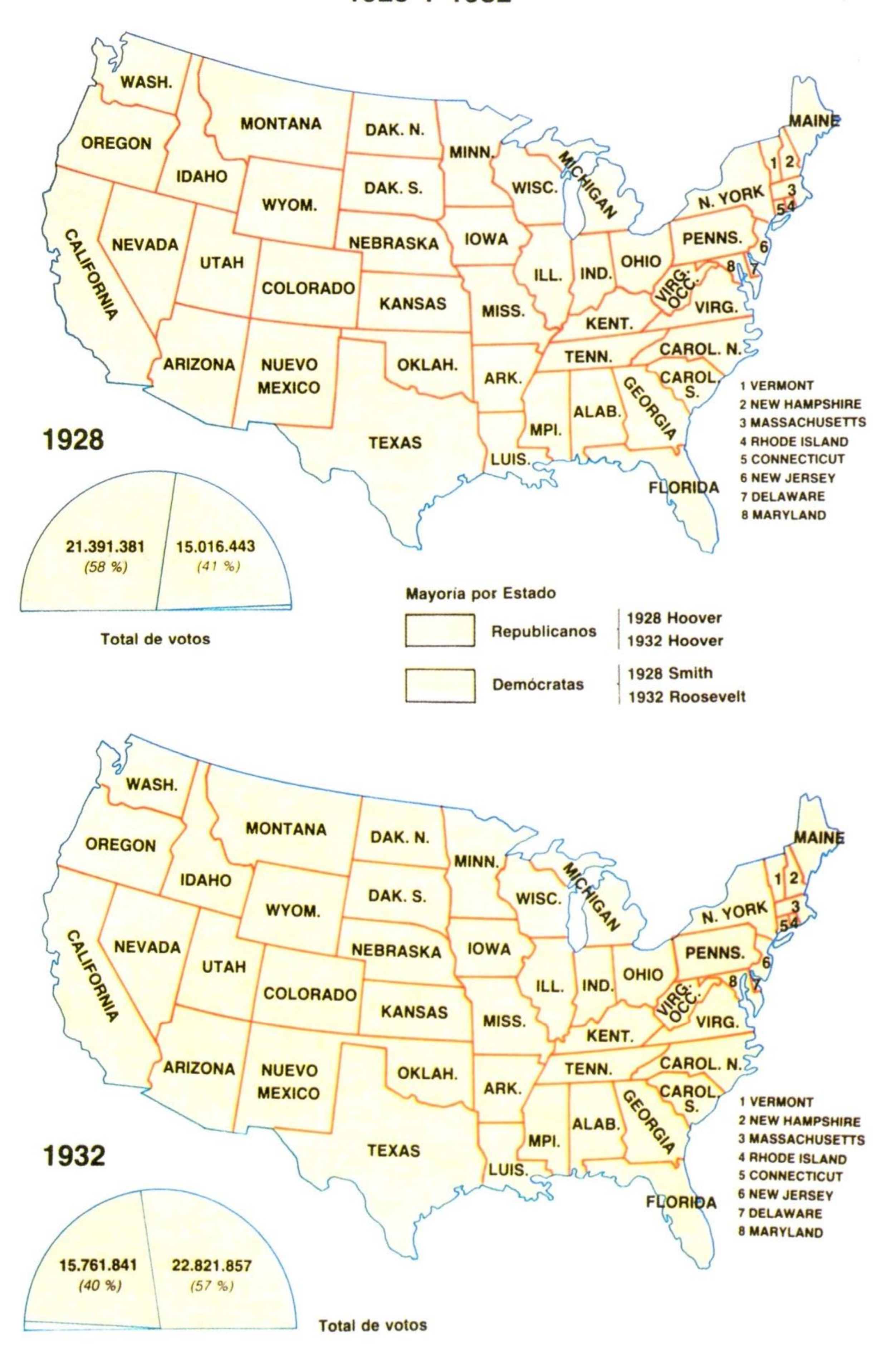
— Cuerpo Civil para la Conservación de la Naturaleza, de 31.3.33. Crea un sistema de empleo en tareas de utilidad común para los parados jóvenes, con el fin —entre otros— de evitar su ingreso en agrupaciones de carácter subversivo. Este ordenamiento favorecerá la conservación y adecuada utilización de los enormes recursos naturales que ofrece el país.

— Ley de abandono del patrón-oro, de 19. 4. 33. Promulgada en contra de la opinión de los economistas, es apoyada por los grandes banqueros. Va a servir para mejorar los niveles del reducido comercio exterior norteamericano, al tiempo que decide el ascenso del precio de los valores y detiene la salida de oro hacia la seguridad de los bancos europeos.

— Acta Federal para Auxilio en Emergencia, de 12.5.33. Serie de medidas dirigida a otorgar inmediata ayuda material a los Estados, ciudades, poblaciones y condados, cubriendo las necesidades presentes en cada caso. Dirigida por el mismo Harry Hopkins, tiene en cuenta la necesidad de dar a la extensa población en situación de paro algo más que meras y voluntarias limosnas que le permitan seguir sobreviviendo en ínfimas condiciones.

— Acta sobre Ajuste Agrícola, de 12.5.33. Ejemplo de la más adecuada actividad para renovar viejas estructuras, esta ley está destinada a poner fin al permanente estado de descontento que tradicionalmente mostraba la población agraria. Las autoridades debían ahora de solucionar el problema planteado por la existencia de enormes cantidades de productos agrícolas almacenados, cuya venta a bajos precios supondría la ruina para millares de cultivadores. Se decide, en consecuencia, una drástica reducción de la superficie de siembra de los productos básicos: maíz, trigo, algodón, tabaco, azúcar y cacahuetes, así como del número de los animales criados con fines alimentarios.

ELECCIONES PRESIDENCIALES EN ESTADOS UNIDOS, 1928 Y 1932



— Acta de Emergencia sobre Hipotecas Rurales, de 12.5.33. Legislación destinada a acabar con el gravísimo problema planteado por la gran cantidad de incautaciones hechas por impago de hipotecas, debido a la precaria situación de los pequeños granjeros. Por ella, el Estado se hace cargo de los pagos en los casos en que la incapacidad para realizarlos esté plenamente demostrada.

— Acta sobre Autoridad en el Valle del Tennessee, de 18.5.33. Debido a su carácter emblemático de las realizaciones del *New Deal*, exige una mayor explicación; para ello ver recuadro.

— Acta de Verdad sobre Valores, de 27.5.33. Es promulgada con dos finalidades básicas: regularizar las cotizaciones y la actividad de las distintas entidades, y establecer un registro obligatorio para los nuevos valores que sean emitidos. Ahora, toda oferta de venta de valores debe ir acompañada por una absoluta información, de la que responden en el plano criminal los directores de las entidades emisoras.

— Acta sobre Préstamos a Propietarios de Casas, de 1.6.33. Financiación oficial de pequeñas hipotecas para compradores de viviendas de uso familiar. Con ello se trata de paliar el problema planteado por las unidades familiares carentes de recursos suficientes para hacer frente a los costos que la adquisición supone.

— Acta sobre Recuperación de la Industria Nacional, de 16.6.33. Es la celebre *NRA* —National Recovery Administration—. Sus principales objetivos son los siguientes: recuperación y reforma de las actividades industriales; favorecimiento de los intercambios colectivos; definición al máximo de los horarios laborales y de los salarios pagados a los trabajadores; prohibición del trabajo infantil, entre otras. El mismo Roosevelt la calificaría de *la ley más importante y de mayor alcance promulgada hasta la fecha por el Congreso americano.* Frente a los enconados ataques de los sectores patronales, la acción gubernamental conseguirá —hasta su derogación por el Tribunal Supremo— que esta ley codifique a más de setecientas empresas en todo el país.

A lo largo de este mes de junio de 1933, otras disposiciones legislativas vendrán a unirse a las anteriores: el Acta Bancaria Glass-Steagall, el Acta sobre Créditos Rurales, etc., destinadas a cubrir los espacios problemáticos todavía pendientes de intervención estatal.

Luces y sombras

Esta impresionante actividad legislativa, sin parangón ni pasado ni posterior en ningún país, pretendía ser la mejor demostración de la verdadera naturaleza del *New Deal.* Quienes lo impulsaban querían poner en evidencia su decidida voluntad de sustituir el sistema caduco e inútil legado por sus predecesores, por algo nuevo, eficiente y atractivo a la vez. Al mismo tiempo, repetían una y otra vez a una cansada y recelosa población que los costos de todos estos programas eran sufragados en definitiva por el Estado, sustentado a su vez por las contribuciones de los sectores económicamente más favorecidos.

La idea no era, sin embargo, nueva. Ya Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, a principios de siglo, habían tratado de actuar mediante una legislación capaz de estimular el bienestar y la seguridad de los estratos más carentes de entre la población, las tantas veces mencionadas *gentes sencillas.* Pero las formas del capitalismo salvaje dominantes en plenitud siempre habían podido sofocar —sin demasiado trabajo, además— estos bienintencionados pero tibios intentos.

Ahora, las excepcionales circunstancias impuestas por la crisis y la posterior depresión generalizada venían a hacer posible la transformación. Nacía así un sistema decidido a responder a las necesidades planteadas por todos los niveles de la sociedad. Era la plasmación de la idea del *Estado de bienestar —Welfare State—,* recompensador del individuo según su capacidad y actividad, y capaz al mismo tiempo de defender y asegurar sus intereses individuales, grupales y comunitarios.

En una época de puesta en práctica de las ideas totalitarias —Stalin colectiviza a la Unión Soviética; Hitler reordena Alemania— la política de Roosevelt va a verse inmediatamente acusada de comunista o de bolchevique, según sea el ámbito de donde proceda la calificación.

La realidad de fondo era, sin embargo, algo mucho más autóctono y diferente: lo que fue calificado de *nuevo manejo de viejas cartas,* método oportunista dedicado a curar grandes males haciéndolo de forma muy rápida y visible. La fuerte impresión de novedad que esta política ofrece no deriva sólo de su misma naturaleza, sino de la rapidez con que son adoptadas medidas destinadas a solucionar de inmediato problemas tradicionalmente olvidados o estancados. Rapidez hasta entonces nunca vista, y capaz por tanto de ocultar las realidades de fondo. Así, elogiado o denostado, el *New Deal* se presenta ya en sus primeros meses de vida como una nueva vía de recuperación de todos los valores —materiales y también morales— de la postrada civilización norteamericana.

Los meses que siguen a esta avalancha de leyes observarán los iniciales efectos de su implantación en la realidad. Ya a principios del verano de 1933, mil trescientos campos de trabajo para jóvenes, organizados y controlados por mandos del Ejército, jalonan el territorio estadounidense. Al cabo de pocos meses, más de trescientos mil muchachos estarán desarrollando sus actividades en este ámbito, uno de los más visibles éxitos del programa gubernamental.

Por su parte, la siempre controvertida Acta de Recuperación de la Industria comienza a hacer posible muy pronto el ingreso de millones de trabajadores en las actividades industriales. En sus momentos de mayor esplendor, la *NRA* llegará a tener bajo su reglamentación a más de veintitrés millones de trabajadores industriales, de los cuales cuatro han sido integrados por vez primera procedentes de las masas de parados. Con todo, la profun-



Los efectos del New Deal: *idea de la familia feliz norteamericana (cartel de 1936)*

El modelo del Tennessee

El empleo de la tierra para el bien del hombre; ése es un gran problema central, *afirmaba el senador progresista liberal por Nebraska George Norris. Este decidido defensor —muchas veces en solitario— de la implantación de reformas estructurales tendría con Roosevelt la oportunidad tantas veces anhelada. El amplio valle del río Tennessee, en el corazón del país, iba a convertirse en verdadero laboratorio de experimentación de algunos de los principios teóricos del naciente* New Deal.

El Tennessee, con más de 1.600 kilómetros de longitud, es uno de los mayores del continente, pero la irregularidad del clima existente en las regiones que atraviesa lo había convertido en destructivo torrente con las lluvias de primavera y en exiguo riachuelo durante los meses estivales. Los efectos de la erosión habían acabado por hacer a su valle prácticamente estéril. Los proyectos de inversiones destinados a su recuperación habían existido desde más de un siglo antes, pero los frutos de los mismos apenas si se hacían presentes. La extensión de su cuenca se acerca a los 110.000 kilómetros cuadrados.

El 18 de mayo de 1933, el presidente Roosevelt firma el Acta de Autoridad del Valle del Tennessee —la célebre TVA, Tennessee Valley Authority—. En base a planteamientos constructivos estaba destinada ante todo a lograr la elevación del nivel de vida de millones de personas mediante el control y aprovechamiento adecuado de tan importante arteria fluvial. La TVA actuará como un cuerpo público independiente, con autoridad y autonomía para dedicarse a las tareas prioridades: construcción de pantanos y depósitos, producción y venta de energía eléctrica, fabricación y distribución de fertilizantes, entre otros programas de mejora general. Antes de 1941 ya habían sido construidas seis grandes presas, y el control de las inundaciones establecido. Muy pronto, la navegación comercial experimentaría un marcado auge, al tiempo que una energía eléctrica a bajo precio llegaría hasta la totalidad de las viviendas y las fábricas. Centenares de cooperativas agrícolas funcionaron muy pronto a pleno rendimiento.

Las realizaciones llevadas a cabo en este valle serían presentadas desde un principio como arquetípicas del ideario del equipo gobernante llevado a la práctica; y de hecho iban a servir de efectivo modelo para varios países implicados en la tarea de la recuperación del suelo. Demostración de la vigencia de este modelo de inversión estatal en un plan globalizador serían las múltiples opiniones elogiosas vertidas a lo largo de los años. En 1963, celebrando el trigésimo aniversario del plan, el presidente Kennedy llegaría a afirmar: La TVA es la respuesta adecuada al socialismo. *Ello en medio de una región que hoy cuenta con una de las rentas más elevadas del país, fruto directo de la tarea sistemática y racional impulsada por el ímpetu del primer* New Deal.

da intervención estatal en la industria va a producir una detención en su recuperación, que se reiniciará a partir del momento en que el Tribunal Supremo decida —ya en 1935— la ilegalidad de la tan controvertida Acta.

Actúa además una Administración de Proyectos de Trabajo, considerada como la segunda parte de la anterior. Dedica billones de dólares a la creación de puestos de trabajo de toda clase: repoblación forestal, obras hidrográficas, alcantarillado urbano, electrificación rural, etc. Pero también fomenta la creación de becas para estudios a varios niveles, tratamiento de los problemas de los suburbios y otros.

Al mismo tiempo, estas disposiciones organizan el apoyo económico a los trabajadores intelectuales. Así, centenares de artistas, músicos, escritores, cineastas y hombres de teatro pueden llevar a cabo sus tareas creativas. Y ello por medio de una política duramente criticada por quienes acusan al Gobierno de despilfarrar en un inútil mecenazgo unos recursos públicos que solamente benefician a un reducido número de ciudadanos. De hecho, estaba claro que la inmensa mayoría de las medidas adoptadas, solamente podían ser puestas en marcha gracias a la inversión de fondos públicos. Un capitalista particular en ningún caso podía estar interesado en participar en una política como esta, decididamente ruinosa y costeada sin intención de lucro alguna.

Sin embargo, no todo podían ser reacciones negativas sobre la realidad de los hechos. El Acta de Ajuste Agrícola conseguiría, a pesar de notables deficiencias, obtener sus finalidades primordiales. Con ello comenzaba a solucionarse la enorme contradicción que suponía la existencia de una extensa población hambrienta en medio de una gran abundancia material. Muy pronto, también, más de trescientos mil nuevos propietarios de sus viviendas, a base de préstamos que superaban el billón de dólares a cargo del Gobierno, se convertirían en los más decididos partidarios de Roosevelt.

La primera etapa

En la misma dirección de obtención del beneficio común actuaba ya el sistema de Auxilio en Emergencia. A lo largo de escasos meses serían construidos kilómetros de carreteras y caminos, escuelas e instalaciones deportivas, aeropuertos, parques públicos y nuevos sistemas de alcantarillado. A principios de 1935, más de cuatrocientos mil proyectos de esta naturaleza están en marcha sobre todo el país. También aquí, los propagandistas del sistema hallarán un magnífico filón para presentarlo como verdadera forja de la moral nacida del *New Deal*.

En el plano de las altas finanzas, en junio de 1934 es constituida la Comisión de Valores y Cambio. Sus finalidades básicas son claras: impedir las especulaciones ilegales, ampliar el margen de comercio de valores y, finalmente, impulsar mayor número de financiaciones. La nueva legislación sirve para poner descarnadamente en evidencia la cruda realidad del sistema hasta entonces vigente. Y sirve al mismo tiempo para que los propagandistas del *New Deal* vuelvan a hacer beneficiosas comparaciones entre aquél y el saneado régimen que ahora se implanta. Una vez más, solamente los más avisados advierten que los impulsores de este *renovador* sistema financiero son Joseph Kennedy, James Forrestal o Averell Harriman, perfectos representantes de las formas más duras del capitalismo.

Cuando se acerca el fin del mandato presidencial, todavía las Cámaras siguen emitiendo una legislación del mejor corte rooseveltiano. Un Acta para la Conservación del Suelo servirá para impulsar la prosecución de las tareas de repoblación y recuperación de extensas áreas marginales. Para entonces es evidente la imposibilidad material de reproducir sobre otros varios territorios la experiencia llevada a cabo en el valle del Tennessee. Pero, por su parte, la política hidráulica puede apuntarse tantos muy positivos con la construcción de inmensas presas —sur de California, valle del río Columbia, Estado de Oregón—, paralela a la mejora y creación de varios parques nacionales. También contribuiría a la mejora de los sectores rurales la Administración para la Electrificación Rural, que haría posible el equipamiento eléctrico de más de un millón y medio de granjas en todo el país.

Llegado, con el año 1936, el momento de hacer una primera evaluación del *New Deal*, alabanzas y condenas crecen en fervor o virulencia —según los casos— y recorren Norteamérica de punta a punta. Para todos resulta evidente que se han logrado considerables cambios en muchos aspectos. Pero también parecía estar claro para muchos que todo ello no constituía más que una labor de maquillaje, destinada a conservar unas estructuras económicas y sociales que ya habían demostrado su incapacidad congénita. Los economistas, personalmente despreciados por Roosevelt, atacaban la versatilidad del presidente. Era ésta una característica propia de él, que le permitía dar simultánea satisfacción a elementos antagónicos entre sí. Pero, al mismo tiempo, le llevaba una y otra vez a tratar con permanente superficialidad problemas realmente graves, necesitados de una consideración mayor.

Política exterior

La primera Administración Roosevelt heredó de sus antecesoras una decidida política de estricta neutralidad. Entre 1917-18, la participación en la guerra había resultado beneficiosa para los intereses norteamericanos. Pero muy pronto, entre la población había tomado cuerpo la idea de que aquella intervención —tan jaleada por el patriotismo oficial— solamente había beneficiado a banqueros, industriales y grandes traficantes.

Los norteamericanos, por tanto, apoyarán ahora

Sátira del Esquire*: el presidente Roosevelt hablando por radio*



el mantenimiento de estas posiciones aislacionistas. Pero dentro de ellas, podrá el *New Deal* de Roosevelt implantar unas formas de mayor y más beneficiosa cordialidad con los países que de mejor forma favorezcan a los intereses de Washington. Ante todo, el Gobierno actuará con rigidez en todo cuanto afecte a estos intereses, aunque con ello se perjudique a amigos y aliados. Así, el Gobierno norteamericano no tendrá problema alguno en hacer fracasar, en el verano de 1933, la Conferencia Económica Internacional reunida en Londres. Y pospondrá hasta el siguiente año todo acuerdo sobre los patrones de cambio de validez internacional, cuando ya se ha asegurado la protección de su propio sistema fiscal.

También las relaciones con la Unión Soviética, todavía sometida a cuarentena por las democracias europeas, conocen ahora una nueva definición. Ante las enormes posibilidades que ofrece el mercado de aquel necesitado país, Washington no tiene escrúpulo alguno en restablecer las relaciones diplomáticas con Moscú. Solamente se ha molestado en guardar un poco las formas, y ha obtenido de Stalin la promesa de unas futuras indemnizaciones y el cese de la persecución religiosa.

De cara a la América Latina, los asesores de Roosevelt se han dado perfecta cuenta de los beneficios que pueden extraerse de la mejora de unas relaciones tradicionalmente definidas por la ley del más fuerte. Así, una política de declarada *buena voluntad* viene a sustituir a la del *gran garrote*. Washington concede ayudas económicas a las repúblicas del sur, e incluso llega a proclamar —en Montevideo, noviembre de 1933— que *ningún Estado tiene derecho a intervenir en los asuntos internos o externos de otro*.

Política pacifista y amistosa ésta, ilustrada por significativos hechos: renuncia al uso de la *Enmienda Platt*, que facultaba a los Estados Unidos a intervenir libremente en Cuba; retirada de los *marines* de Haití; incremento de la cantidad anual pagada a Panamá por la utilización del Canal... Política que se manifiesta también al otro lado del Océano, en unas islas Filipinas a las que Roosevelt promete iniciar un proceso de emancipación.

Con respecto a Europa, en los Estados Unidos solamente a muy pocos inspira inquietud o temor la presencia de regímenes autoritarios en un número cada vez mayor de países. Ni Mussolini, ni Hitler, ni mucho menos los varios dictadores que proliferan sobre el Viejo Continente, son tenidos en cuenta como elementos peligrosos para un inmediato futuro. Liberales y aislacionistas admiten incluso las reivindicaciones territoriales del Reich, y no encuentran nada malo en la expansión de los llamados *regímenes de orden*. En este marco se va a inscribir a partir de julio de 1936 la actitud de Washington ante la guerra civil que estalla en España.

Las leyes de neutralidad, promulgadas en agosto de 1935, constituirán la cobertura legal para la inacción ante el desgarramiento que se produce por efecto de la sublevación militar. Los influyentes sectores conservadores no tendrán dificultad alguna en imponer sus ideas sobre los responsables del sector exterior. Para ellos, el triunfo del bando sublevado supondría la implantación de un aceptable régimen *de orden*, que vendría a sustituir a una *caótica y bolchevizada* República.

Así las cosas, los grandes comerciantes norteamericanos no tardan en entablar un lucrativo negocio de ventas —sobre todo de carburantes— al bando sublevado. Los efectivos militares del general Franco van a ser de esta forma movidos físicamente gracias a la acción combinada de las aportaciones energéticas de norteamericanos por una parte y de alemanes por otra.

El segundo New Deal

En el otoño de 1936, el Gobierno federal ha conseguido que una elevada proporción de la población le considere como el verdadero salvador y protector de los más necesitados. Presentándose como destructor de las formas más duras del capitalismo, hace que se oscurezca en gran medida la tradicional buena imagen del empresario privado como promotor del bien común.

Esta política, plasmada en la sucesión de leyes citadas, ha tenido en agosto de 1935, con la promulgación del Acta sobre Seguridad Social, su más alto jalón propagandístico. El Gobierno se ha hecho cargo de la defensa de aspectos verdaderamente importantes para muchos: desempleo, ayuda a los ancianos, salud infantil, atención a los minusválidos y otras medidas de salud pública. La reacción de los sectores conservadores inconscientes de que todo está dirigido a salvar el propio sistema capitalista no se hace esperar. Hace escasos meses que el Tribunal Supremo ha declarado la ilegalidad del Acta de Recuperación de la Industria Nacional, y ahora hace lo mismo con el Acta de Ajuste Agrícola. La guerra entre el poder ejecutivo y el legislativo alcanza así su mayor virulencia.

Mientras tanto en la calle, ante la persistencia de los efectos de la crisis y la influencia de los vientos procedentes de Europa, muchos norteamericanos se arrojan en brazos de soluciones radicales nacidas al calor de las circunstancias. Aparecen así varios dirigentes de corte fascista en las más exclusivas universidades de la costa este, y se organizan grupúsculos paramilitares al estilo nazi. Frustrados aspirantes al puesto de *Führer* o de *Duce* norteamericano se agitan ante sus auditorios. Mientras, personalidades públicas como el magnate periodístico Hearst, el poeta Ezra Pound o el famoso aviador Lindbergh, muestran su fascinación por las realizaciones de los dictadores europeos.

En el otro extremo, el partido comunista, de estricta obediencia a las directrices de Moscú, también ataca la política rooseveltiana. Intelectuales y científicos se adscriben a sus tesis, que también se infiltran profundamente en el ámbito sindical y entre las agrupaciones liberales y pacifistas. Pero como siempre, el comunismo será visto como un cuerpo extraño a la idiosincrasia norteamericana, y muy poco significa a la hora de considerar su significación como sector opositor a las tesis del *New Deal*.



Conferencia de prensa del presidente Roosevelt en 1937

Mucha mayor importancia tiene, por el contrario, toda la serie de movimientos autóctonos brotados como aportadores de soluciones a la crisis, pero diferentes de la política oficial. Nacerán así, desde una *Solución Cristiana* aparecida en Detroit, hasta un californiano *Plan Towsend,* centrado ante todo en la protección de los ancianos. Por su parte, el prolífico escritor socialista Upton Sinclair se presenta como impulsor de la idea de creación de un sistema de falansterios. Y, en Dakota del Norte, aparece un denominado partido de *Unión Nacional,* cuyo fundador —William Lemke— no ha dudado en calificar a Roosevelt de *indeciso Kerenski.*

Pero el caso más extremo y trascendente es el protagonizado por Huey Long, gobernador del Estado de Luisiana. Este versátil demagogo, acuñador de la frase *Cada hombre, un rey,* llegará a convertirse en un grave problema para las autoridades federales. Tras un inicial apoyo a Roosevelt, se enfrenta al presidente aportando ideas propias para la reforma social. En 1935 anuncia su candidatura a la presidencia, cuando ya —utilizando los más acreditados métodos de índole mafiosa— controla la absoluta totalidad de las actividades e instituciones de su Estado. Su asesinato, producido el 8 de septiembre de ese año en el mismo Capitolio de Baton-Rouge, capital del Estado, y nunca aclarado, sería una noticia bien recibida por muchos sectores de la Administración pública.

La campaña electoral de 1936 se muestra especialmente agitada, ya que aparece como verdadero *test* de aceptación o rechazo de toda la política del *New Deal.* Roosevelt se presenta como la personificación de todos los cambios positivos producidos en el país, pero sus adversarios republicanos pueden airear la realidad de unas cifras de paro que superan los nueve millones de personas sin trabajo. Pero lo cierto es que la nueva política se ha ganado la voluntad de grandes masas de ciudadanos que se han visto beneficiados por alguna de sus medidas. Realidad ésta que se ve plasmada en las urnas cuando llega el mes de noviembre.

El partido demócrata obtiene un total de 27.752.000 votos, frente a los 16.680.000 que consiguen los republicanos. Los demócratas de Roosevelt han vencido en todos los Estados excepto en dos —Maine y Vermont—. La *Unión Nacional* se ha llevado casi novecientos mil votos, y el partido comunista apenas ochenta millares. Los demócratas siguen conservando la mayoría en ambas Cá-

maras. La política de la Casa Blanca obtiene, pues, sus frutos.

En su discurso de nueva toma de posesión, un Roosevelt cada vez más seguro de sí mismo se refiere a la manifiesta mejoría experimentada por el que llama *clima moral* de la nación. Pero también hace una obligada referencia a la oscura realidad, y desde su fortalecida posición puede afirmar que *Un tercio de la población nacional sigue estando mal alojada, mal vestida y mal alimentada.* Circunstancia que le permite desplegar futuros nuevos planes para la consecución de sus objetivos: nace así el denominado *Segundo New Deal.*

A estas alturas, el emblema del *Aguila azul,* muestra del compromiso con el régimen, figura en empresas, tiendas, industrias y despachos profesionales de todo el país. Una abultada mayoría de votantes ha renovado su confianza en quien les promete renovación, mejora e igualdad. De hecho, más que nunca, la política del *New Deal* está dictada y diseñada por las grandes empresas y las todopoderosas Cámaras de Comercio.

A lo largo del primer mandato, el presidente ha podido —gracias a la mayoría demócrata en ambas Cámaras— gobernar de forma prácticamente dictatorial, sin contestación destacable alguna. En su política de apoyo a los sectores menos favorecidos se ha ganado incluso la inquina del conservador Tribunal Supremo. Pero ello le ha acercado a las posiciones de izquierda, en las que va a poyarse cada vez que se vea desafiado por los conservadores más cerriles.

Las críticas de muchos de estos elementos van a arreciar todavía más a partir de ahora, llegando a calificar a Roosevelt de *traidor a su clase,* y hablando despectivamente de él como de *ese loco,* o simplemente de *ese hombre.* Es cierto que los grandes empresarios y financieros han perdido debido a la depresión aquella veneración generalizada de la que tradicionalmente gozaban como instrumentos de progreso comunitario. Pero ello no era en absoluto por culpa de Roosevelt y su política reformista. Antes bien, y a pesar de todas las apariencias, en ningún momento el *New Deal* trató de tocar siquiera en lo más mínimo los intereses de los poderosos. Todas las reformas efectuadas por vía legislativa no vendrían, en definitiva, más que a fortalecer los decaídos esquemas capitalistas preexistentes.

De esta forma, un supuesto —y absolutamente falso— socialismo de Estado va a ser capaz a la larga de salvar al sistema, forzando su adecuación a las nuevas circunstancias impuestas por la realidad. Así, por ejemplo, aun sintiendo un lógico repudio por los movimientos sindicales, el aristócrata Roosevelt va a favorecer su reorganización y expansión. No desaparecen en esta segunda mitad de la década los enfrentamientos y fricciones laborales, pero el intervencionismo del Estado va a actuar como efectivo amortiguador de tensiones enfrentadas.

Por el Acta Nacional de Relaciones Laborales, la célebre Acta Wagner, los trabajadores se sienten por vez primera respaldados por una acción superior, que parece capaz de resolver adecuadamente una elevada proporción de los conflictos surgidos. El Gobierno rompe con el elitismo de la American Federation of Labour, y consigue una masiva afiliación al nuevo Congreso de Organizaciones de Industriales. Incrementando la política de mejoras para la clase trabajadora, las autoridades consiguen anular eficazmente su potencialidad subversiva contra el orden constituido. Y, cuando las circunstancias lo hagan imprescindible, no van a dudar en actuar con la ya conocida dureza de otros tiempos. Pero ahora son preferidos métodos de diferente naturaleza para mantener la tranquilidad social.

A pesar de la *ralentización* que la política reformista conoce en este segundo período, todavía en junio de 1938 es promulgada una Acta Justa sobre Niveles Laborales. Establece, ante todo, un máximo de trabajo de cuarenta horas semanales y un mínimo de cuarenta centavos como pago por hora de trabajo realizado. Tras superar difícilmente la aprobación del reticente Tribunal Supremo, las disposiciones de esta ley pasarán a afectar positivamente a más de trece millones de trabajadores.

Compás de espera

Junto a obreros y sectores desposeídos en general, también la acción de la Administración rooseveltiana va a mostrar su interés por la situación de otros grupos marginados. Con respecto a la disminuida población indígena, el Gobierno va a potenciar una política ya iniciada por los republicanos, e implanta programas concretos de asistencia. Así, se refuerza la organización tribal y las actividades laborales, mientras que con la asistencia de técnicos etnólogos se trata de preservar en lo posible los valores propios de estas culturas. Junto a un incremento en la extensión de las reservas indias, se introduce en ellas por vez primera un sistema de adecuada atención sanitaria y educativa.

La población negra, al encontrarse mayoritariamente incluida dentro de la consideración de sector desfavorecido, se verá muy beneficiada en conjunto por la aplicación de la nueva legislación. Los avances hacia la integración experimentan sensibles aumentos, al aplicarse el principio de la igualdad de oportunidades en las empresas impulsadas por la acción gubernamental. Esto haría que en las elecciones de 1936, el partido de Roosevelt obtenga el apoyo de la mayoría de los votantes de color.

Con todo, la política del *New Deal* no conseguiría en modo alguno solucionar los problemas de fondo que presentaba la cuestión racial. La segregación seguiría dominando la escena nacional, y tendría durante decenios todavía —sobre todo en el profundo Sur— una vigencia absoluta en todos los aspectos de la vida norteamericana.

En otro orden de cosas, la actitud del Tribunal Supremo hacia las medidas de la Administración constituiría una permanente fuente de preocupación para el círculo gobernante. Bastión del conservadurismo tradicional, la institución contribuía en medida decisiva a reducir los efectos prácticos de



Pese al New Deal, *la crisis económica siguió afectando gravemente a los Estados Unidos durante toda la década de los años treinta. En estas dos fotografías de 1938 puede verse cómo diez años después del* crack *de* Wall Street *aún había grandes colas de parados que esperaban empleo,* arriba, *o alimentos,* abajo

la nueva legislación. Y lo hacía mediante la lentitud de sus deliberaciones y las restricciones impuestas por sus decisiones. En varias ocasiones —ya citadas antes— había llegado a declarar la inconstitucionalidad de algunas importantes leyes, y esto era algo que la Casa Blanca cada vez toleraba con mayor dificultad.

En febrero de 1937, fortalecido por la reelección, Roosevelt decidió presentar un proyecto de ley que facultaba al presidente para apartar de sus puestos a los jueces que, por edad o enfermedad, no estuviesen ya capacitados para el cargo. Esto fue un gravísimo error, ya que incluso sus más decididos partidarios consideraban —al igual que los norteamericanos en general— al Tribunal Supremo como una institución intocable y venerada. Pero el bien ganado fracaso del presidente no impediría que el transcurso de los siguientes meses fuese ofreciéndole la solución querida. La dimisión voluntaria de varios magistrados, junto con la nueva benevolencia general del Tribunal, harían que desapareciese esta traba para la política del Gobierno. Con todo para entonces, inicios de 1940, el reformismo del *New Deal* no sería más que un recuerdo.

La segunda Administración Roosevelt muestra en estos inicios de 1937 los benéficos efectos de las medidas adoptadas cuatro años antes. Se ha incrementado la producción, y con ella el consumo de los productos fabricados, pero todo sigue siendo a costa del erario público. Cuando a lo largo de los meses siguientes el Gobierno comience a recortar estos gastos, la reacción se manifiesta de la forma más dramática. Llegado enero de 1938, los empresarios tampoco quieren arriesgar sus inversiones, y toda la maquinaria productiva del país experimenta un brutal colapso. De nuevo, el fantasma de la tan temida depresión sobrevuela el país. Y una vez más, la inyección procedente de los fondos públicos viene a salvar la extrema situación.

Nadie olvida que a estas alturas todavía hay más de siete millones y medio de parados. Mientras tanto, el sistema del *New Deal* no hace más que dar continuas muestras de fragilidad y básicas carencias. Los administradores del país viven ahora en posición defensiva. Algo que su nueva tarea, la lucha contra los monopolios —la acción *antitrusts*— pone claramente de manifiesto. El Gobierno ha cargado sobre sus espaldas en exclusiva la responsabilidad de la marcha de la economía, y ello le produce un imparable desgaste. A principios de 1939 —el año de la guerra en Europa— el partido demócrata se muestra ya totalmente agotado como foco generador de efectivas medidas de reforma económica y social.

En el mensaje que Roosevelt dirige al Congreso el 4 de enero, él mismo reconoce esta realidad, cuando afirma *Podemos ahora aplicar todas nuestras energías a robustecer el proceso de recuperación, con objeto de preservar la efectividad de nuestras reformas.* Estaba claro que la pujanza del *New Deal* había dejado de existir. Había de ser la guerra, que se anuncia sobre el horizonte, la que actúe como decisivo motor para impulsar la definitiva recuperación del país.



Una imagen sobre la emigración que en los años treinta llega a los Estados Unidos huyendo del nazismo: Einstein y otros emigrantes, *por B. Shann*

El escenario internacional cada vez parece admitir peor la presencia de una potencia como la norteamericana actuando dentro de la más estricta neutralidad. Neutralidad que a muchos europeos ya les está pareciendo muestra del más profundo egoísmo. Pero Washington parece decidido a mantenerse al margen de unos hechos que, de forma visiblemente imparable, están conduciendo al mundo hacia la catástrofe.

De cara a América Latina, le costará a Norteamérica bastante trabajo el mantener vivas aquellas tan proclamadas relaciones de buena vecindad. Y ello sobre todo a partir del momento en que México, de la mano del presidente Cárdenas, se lance por las vías de la recuperación nacional. La expropiación de las compañías petrolíferas extranjeras —sobre todo, norteamericanas y británicas— que el Gobierno mexicano decreta en 1938, solamente va a producir en Wahington una llamada a la calma y a la negociación de indemnizaciones. La misma moderación se muestra al otro lado del Pacífico, frente a la invasión japonesa de China en 1937.

Ahora, por vez primera pero sin excesivo entusiasmo, Roosevelt habla de la necesidad que los países amantes de la paz tienen de concertar esfuerzos para su defensa. Por el momento, nada más.

España, mientras tanto, sigue desangrándose sin remisión. La directa intervención de Alemania e Italia es contestada por la pasividad de las democracias. Los petroleros norteamericanos siguen haciendo grandes negocios con el bando sublevado, mientras que una llamada *Brigada Lincoln,* integrada por elementos progresistas que pronto van a ser perseguidos en su propio país, lucha al lado de la República. El asunto español, que había de enfren-



tar en privado al propio Roosevelt con su esposa Eleanor, merecerá del influyente economista Leo Huberman un dolido y postrero comentario *Participamos en el asesinato del primer Gobierno democrático que España hubiera conocido nunca.* (...) *Nuestra política española representa el jalón más negro de toda la hoja de servicios del New Deal; un crimen al que nada podrá condonar o atenuar.*

Hacia la guerra

El sentimiento aislacionista imperante enlazaba directamente con el ciego optimismo pacifista del británico Chamberlain. Éste todavía está convencido de ser capaz de contener la voracidad de Hitler mediante su política de sucesivas concesiones y renuncias. El *New Deal,* de hecho básicamente autónomo, en nada dependía de tratados internacionales de intercambio; podía pensarse que se mantendría de espaldas a un mundo situado al borde del abismo.

Pero cuando los países del centro y oeste de Europa van sucesivamente cayendo en manos del insaciable Reich, la opinión pública norteamericana va paulatinamente abandonando su adormecimiento y su cómoda neutralidad. El mismo Roosevelt va mostrando una creciente atención a los acontecimientos, al tiempo que impulsa una activa política de rearme. Entre la población se manifiesta la voluntad de ayudar a los países agredidos o amenazados, sobre todo a la hermana mayor, Inglaterra. Pero, por otra parte, en general se prefiere esperar todo lo posible antes de entrar de lleno en las hostilidades. Los adversarios de Roosevelt le acusan de agitar el fantasma de la guerra para desviar la atención de los problemas internos realmente importantes, y expanden al tiempo un turbador interrogante: *El mundo está desordenado, pero ¿qué obligación tenemos nosotros de enderezarlo?*

Llegado el mes de junio de 1940, el absoluto hundimiento e invasión de Francia provocan un verdadero sentimiento que recorre todos los Estados Unidos. Esta nueva actitud va a permitir al presidente dar un fuerte impulso a su tan criticada política de rearme. A lo largo de este año, el Gobierno invertirá más de doce mil millones de dólares en esta empresa, que genera de paso más de dos millones de nuevos puestos de trabajo. En septiembre, es restablecido en el país el servicio militar obligatorio. Las nuevas elecciones de noviembre vuelven a otorgar la victoria al partido demócrata, con 27.244.000 de votos frente a los 22.305.000 de los republicanos. Es, además, la primera vez en la historia norteamericana que un presidente ocupa el cargo por tercera vez consecutiva.

El año 1941 observa una intensa actividad en todos los frentes de actuación, que de hecho introduce al país en la guerra. Se venden destructores a Gran Bretaña, y la Ley de Préstamos y Arriendos, del mes de marzo, convierte a Norteamérica en el verdadero *arsenal de la democracia.* A pesar de la vigencia de las leyes de neutralidad, los Estados Unidos aportan a sus aliados, además de armas, vestidos, alimentos y toda clase de bienes de equipo. Fuerzas norteamericanas proceden a la ocupación de las grandes islas atlánticas de Groenlandia e Islandia, e instalan una base naval en Irlanda del Norte. Cuando en el mes de junio el territorio de la URSS sea sorpresivamente atacado por Alemania, Washington extenderá a aquel país los beneficios ya aportados a los demás aliados.

Pero la sociedad norteamericana sigue estando profundamente dividida acerca de la cuestión. Y ello a pesar del creciente peligro que supone la rápida expansión del poderío japonés sobre amplias áreas de Asia y el Pacífico. Ahora Roosevelt adopta una posición abiertamente decidida a intervenir en el conflicto, pero ello le sitúa en muy difíciles disyuntivas. De hecho, hacía falta contar con un motivo suficiente que justificase plenamente esta intervención tan ampliamente rechazada. Cuando en septiembre de este 1941 se produce una escaramuza entre un destructor estadounidense y un submarino alemán en el Atlántico, Roosevelt se apresurará a anunciar que *Norteamérica ha sido atacada.* Pero todavía esto no puede ser tomado por un motivo suficiente. Tampoco lo serán las amenazas verbales que de forma creciente lanza el militarista Gobierno de Tokio.

La causa, sin embargo, va a producirse de inmediato. En la mañana del día 7 de diciembre de 1941, fuerzas aerotransportadas japonesas atacan la base norteamericana de Pearl Harbor, en las islas Hawaii, causando grandes destrozos materiales además de un elevado número de bajas humanas. Pocas horas después, el reticente Congreso declaraba —si bien por un solo voto de diferencia— la guerra al Japón. Inmediatamente, Alemania e Italia declaran la guerra a los Estados Unidos.

¿Conocía Roosevelt a través de sus servicios secretos el ataque japonés, y permitió su realización para decidir la voluntad del Congreso hacia la entrada en la guerra? O bien, ¿únicamente se aprovechó de una circunstancia inesperada, que en definitiva vino a darle el suficiente motivo que necesitaba? Graves cuestiones que han atraído hasta hoy la atención de los historiadores, sin que ninguna de las versiones aportadas sobre ellas pueda presentarse como absolutamente cierta.

Primer actor en la escena mundial

Con la entrada en la guerra podrá manifestarse una nueva y rica faceta en la flexible personalidad de Roosevelt: la de estadista de rango internacional, primer mandatario del país que es considerado ya como la mayor potencia del globo. Y comienza de esta manera su fulgurante carrera en este ámbito, abandonando de forma prácticamente absoluta unos asuntos internos a los que la nueva situación parecía ahora capaz de encarrilar por sí

Franklin D. Roosevelt y el almirante Bloch pasan revista a la flota de los Estados Unidos poco antes de su entrada en la Segunda Guerra Mundial



misma. Se inicia una serie de actos que van a servir para configurar el mundo que surja del conflicto.

— El 6 de enero de 1941, antes de la entrada en la guerra, Roosevelt proclama las *Cuatro Libertades* —de expresión, de culto, de acción contra la miseria y de acción contra el miedo— que deben poseer todos los Estados. La Carta Atlántica, firmada el 11 de agosto de 1941 con Churchill, además de incluir estas Cuatro Libertades, plasma otros principios concretos: renuncia a ganancias territoriales, intervención de los países afectados en las rectificaciones fronterizas, libertad en el comercio internacional, libertad de los mares y, por último, renuncia al uso de la fuerza.

— La Primera Conferencia de Washington, 22.12.41-14.1.42, supone la formación con Gran Bretaña de un *Consejo de guerra común* y prepara el desembarco aliado en el norte de Africa. El 1 de enero se firma el Pacto de Washington, que compromete a 26 países a no firmar con Alemania ninguna paz por separado. Nacen así las bases de las futuras Naciones Unidas.

— La Segunda Conferencia de Washington, 18-26.6.42, tratará sobre a apertura de un segundo frente de lucha y acerca de a investigación en materia atómica.

— La Conferencia de Casablanca, 14-24.1.43, reúne nuevamente a los dos aliados anglosajones. Tras el acuerdo sobre el desembarco a efectuar en Sicilia, Roosevelt exige ahora de Hitler una rendición incondicional.

— Las nuevas Conferencias de Washington, 11-25.5, y de Québec, 14-24.8.43, reafirman el indiscutible protagonismo norteamericano en la hora de las decisiones a nivel mundial.

— La Conferencia de El Cairo, 22-25.11.43, reúne a los dos aliados atlánticos con Chiang Kai-Shek, representante de la agredida China. En esta ocasión se da preferencia a los temas asiáticos y del escenario del Pacífico.

— La Conferencia de Teherán, 28.11-1.12.43, reúne por vez primera vez a los tres grandes. Ahora ya tratan sobre el reparto de Europa tras el esperado hundimiento alemán. La parte central del continente y los Balcanes son así objeto de tratos de adjudicación entre la Unión Soviética y Gran Bretaña, con la aquiescencia final de los norteamericanos.

— La Conferencia de Dumbarton Oaks, con sesiones celebradas en los meses de agosto y octubre, ha permitido a Roosevelt oponerse con firmeza a la idea —Plan Morgenthau— que pretendía dividir a Alemania y hacer de ella un país exclusivamente dedicado a la agricultura.

— La Conferencia de Yalta, 4-11.2.45, es la más célebre de la serie, y observa a un declinante Roosevelt junto a un cauto Churchill y un eufórico Stalin, que es quien obtiene aquí las mayores ventajas.

Pacifista ante todo, el presidente norteamericano tiene absoluta fe en la acción de una futura organización internacional controlada por las cuatro mayores potencias, las únicas posibles poseedoras de armamentos de gran magnitud. Pero su realismo utópico y personales apreciaciones le engañarán más de una vez en este sentido. Así, se muestra plenamente confiado con Stalin, de quien no sospecha en absoluto que está aprovechando al máximo todas las posibilidades que esta benévola actitud le ofrece. Ello hará que destacados historiadores achaquen a la personal forma de ser del norteamericano las concesiones hechas en Yalta, que iban a configurar la realidad del mundo durante los siguientes decenios.

Decidido partidario de la emancipación de los extensos territorios coloniales existentes, Roosevelt observa al mismo tiempo todo el inmenso campo que la existencia de nuevos países ofrecía a la pujante industria norteamericana. Frente a las lógicas reticencias de una Gran Bretaña o de una Holanda, los Estados Unidos de Roosevelt se presentan ya en 1944 como adalid de los nuevos tiempos. Una etapa que estaría marcada por la emancipación de las colonias, seguida por la conquista y control de sus mecanismos económicos por parte de los Estados Unidos. Realidad ésta disfrazada, mal que bien, por la imagen de una benéfica asistencia, acuñada entonces por Roosevelt y recuperada posteriormente cuantas veces Washington ha querido implantar nuevas políticas de buena vecindad con el resto del mundo.

Agotado por la incesante actividad de tantos años, Franklin Delano Roosevelt muere víctima de una hemorragia cerebral el 12 de abril de 1945. Las elecciones celebradas en el pasado mes de noviembre de 1944 le han dado 25.602.000 votos, frente a los 20.006.000 de su adversario republicano. Con ello volvía a batir el récord alcanzado cuatro años antes, al ser el primer —y hasta ahora único— presidente que ocupaba el cargo por cuatro mandatos consecutivos.

El definitivo empuje

Cuando desaparece Roosevelt, y es sustituido en su puesto por el vicepresidente, Harry Truman, ya los Estados Unidos muy poco tenían que ver con los que él había comenzado a dirigir más de doce años antes. El *New Deal*, primero, y los efectos de la guerra, a continuación, habían hecho posibles todas aquellas transformaciones que en plena depresión se consideraban como la única posibilidad de salvar al país y a su particular modo de vida.

En 1941, agotados los planteamientos reformistas del sistema, las expectativas de entrada en el conflicto habían servido —como se apuntaba antes— para impulsar tantos de los proyectos no culminados o incluso ni siquiera llegados a plasmar. Ya durante aquel año, más del 15 por 100 del total de la producción industrial estaba enfocado hacia las necesidades bélicas.

El Gobierno, paralelamente, había ido fomentando la expansión de un clima psicológico de preparación para la plena participación en el conflicto. Tras Pearl Harbor, se trataba ya de llevar a la prác-

Retrato del presidente Roosevelt, por F. O. Salisbury

tica todos aquellos proyectos previstos. Y, siguiendo la tónica de actuación *new dealer,* había sido creada una amplia serie de organismos oficiales con finalidades de acción muy específicas.

Así, una Dirección de la Producción de Guerra estaba dirigida a impulsar la movilización económica del país, reconvertir sus instalaciones industriales y asignar las cuotas de producción. La Comisión Bélica de Energía Humana se dedicó, por su parte, a la distribución de los recursos existentes en personal trabajador, entre la industria y las fuerzas armadas. Una Dirección Nacional Bélica de Trabajo decide sobre la conflictividad laboral en las industrias de material de guerra, y controla al mismo tiempo los salarios pagados a los trabajadores.

La Oficina de Administración de Precios controlaba éstos y actuaba en materias de racionamiento de materiales alimenticios. Por su parte, la Oficina de Transporte de la Defensa centralizaba las actividades de las compañías privadas de ferrocarriles, dirigiéndolas hacia el interés público aun respetando su propia independencia. Otros organismos de nuevo cuño pueden ser considerados simplemente con la cita de sus denominaciones: Oficina de Movilización de Guerra, Oficina de Información de Guerra, Oficina de Censura, Oficina de Defensa Civil, Oficina de Desarrollo e Investigación Científica, entre otros menos significados.

Arriba, *el presidente Roosevelt en dos de las conferencias importantes de la Segunda Guerra Mundial.* Arriba, *en Casablanca, 1942, con Churchill y los dos pretendientes al poder en la Francia Libre, Giraud,* a la izquierda *y De Gaulle* en el centro. Abajo, *al final ya de su vida, en Yalta, febrero de 1945, con Churchill y Stalin*

Einstein escribe a Roosevelt

F. D. Roosevelt
Presidente de los Estados Unidos
Casa Blanca
Washington, D. C.
2 de agosto de 1939
Señor:

Algunas recientes investigaciones realizadas por E. Fermi y L. Szilard, cuyos manuscritos me han sido facilitados, me induce a creer que el elemento uranio puede convertirse en una nueva e importante fuente de energía en un inmediato futuro. Ciertos aspectos de la situación así creada parece demandan atención y, si fuera necesario, acción rápida por parte de la Administración. Creo, por tanto, que es mi deber llamar su atención sobre los siguientes hechos y recomendaciones:

En el curso de los últimos cuatro meses los trabajos efectuados por Joliot en Francia y por Fermi y Szilard en EE. UU. han abierto la posibilidad de realizar una reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, lo cual generaría vastas cantidades de energía y de nuevos elementos semejantes al radio. Parece casi cierto que esto pueda lograrse en el futuro inmediato.

Este nuevo fenómeno también conduciría a la construcción de bombas y es concebible, aunque mucho menos seguro, que puedan construirse potentísimas bombas de un nuevo tipo. Una sola bomba de éstas, transportada por un barco y explosionada en un puerto, podría muy bien destruir el puerto entero con parte del territorio adyacente. Sin embargo, tales bombas podrían resultar demasiado pesadas para ser transportadas por el aire.

Los EE. UU. sólo poseen minerales de uranio de pobre calidad y en moderadas cantidades. Existen algunos buenos yacimientos en Canadá y en lo que antes era Checoslovaquia, aunque la fuente más importante de uranio es el Congo Belga. A la vista de esta situación sería deseable establecer algún tipo de contacto permanente entre la Administración y el grupo de físicos que trabaja en las reacciones en cadena en EE. UU. Un posible medio de lograrlo podría consistir en que usted encargase de esta tarea a una persona de su confianza que podría actuar de modo no oficial. Su actuación podría abarcar los siguientes puntos:

A) Acercamiento a los departamentos ministeriales, manteniéndolos informados de posteriores desarrollos y propuestas de recomendaciones para la acción gubernamental, prestando particular atención al problema de asegurar el suministro de mineral de uranio a EE. UU.

B) Acelerar la experimentación, que actualmente se realiza en los límites de los presupuestos de los laboratorios universitarios, proporcionando fondos, si son solicitados, a través de sus contactos con personas privadas que deseen hacer contribuciones para esta causa, y quizá también mediante la obtención de la cooperación de laboratorios industriales que posean el equipamiento necesario.

Tengo entendido que Alemania acaba de interrumpir la venta de uranio procedente de las minas de Checoslovaquia, de las que se ha apoderado. Tal medida podría ser consecuencia de haber sido destinado el hijo del subsecretario de Estado, Von Weizsäcker (*), al Instituto Kaiser Guillermo, de Berlín, donde se realizan investigaciones sobre el uranio similares a las que se efectúan en EE UU.

Su afectísimo,

Albert Einstein

(*) Se trata de Carl-Friedrich von Weizsäcker, actualmente de setenta y seis años, conocido filósofo y adalid de la paz mundial, que jugó un importante papel en el proyecto de la bomba atómica alemana. Su hermano Richard von Weizsäcker, de sesenta y nueve años, ha sido reelegido (el 23-5-89) presidente de la República Federal Alemana.

Cronología de Franklin D. Roosevelt

1882. *Viene al mundo el día 20 de enero en Hyde Park.*
1896. *Inicia sus estudios en la exclusiva escuela de Groton, Massachusetts.*
1900. *Estudios superiores en la Universidad de Harvard. En 1903 es* Arts Bachelor.
1904. *Estudios de derecho en la Universidad de Columbia.*
1905. *Contrae matrimonio con Ann Eleanor Roosevelt.*
1907. *Es admitido en el Foro de Nueva York, y comienza a trabajar con una firma de abogados.*
1910. *Elegido senador por el condado de Dutchess. Presidente del Comité para los Bosques, la Caza y la Pesca.*
1913. *Nombramiento como subsecretario de Marina, cargo que ocupará durante siete años.*
1919. *Tras haber visitado el frente de guerra francés, participa con Wilson en la conferencia de paz de París. Decidido apoyo a la Sociedad de Naciones.*
1920. *La convención demócrata de San Francisco le propone como candidato para la vicepresidencia. Fracaso electoral y dedicación a los negocios privados.*
1921. *Un ataque de poliomielitis le paraliza las piernas. Comienza un largo proceso de recuperación.*
1924. *Retorno a la política activa.*
1928. *Candidato para el puesto de gobernador del Estado de Nueva York. Victoria electoral.*
1929. *Impulsa grandes campañas asistenciales tras el inicio de la Gran Depresión.*
1932. *La convención demócrata le elige candidato a la Presidencia. En base a su programa de recuperación accede a la primera magistratura del país.*
1933. *Primera presidencia y aplicación de su programa de* New Deal.
1935. *Etapa del segundo* New Deal, *que se extiende hasta 1940.*
1936. *Primera reelección para la Presidencia.*
1937. *Conclusión práctica de la política de aislacionismo internacional.*
1940. *Segunda reelección para la Presidencia.*
1941. *Progresiva aproximación a Inglaterra. Firma de la Carta del Atlántico. Entrada de Estados Unidos en la guerra.*
1942. *Establecimiento de las bases de la política aliada y de las futuras organizaciones internacionales.*
1943. *Sucesivas conferencias interaliadas. Norteamérica toma la iniciativa en todos los frentes bélicos.*
1944. *Etapa final del conflicto. Roosevelt, decidido impulsor de las Naciones Unidas. Es elegido por cuarta vez para la Presidencia.*
1945. *Tras participar en la conferencia de Yalta, fallece el día 12 de abril. Su viuda, representante norteamericana en las Naciones Unidas. En 1946 preside la comisión para la protección de los derechos humanos.*

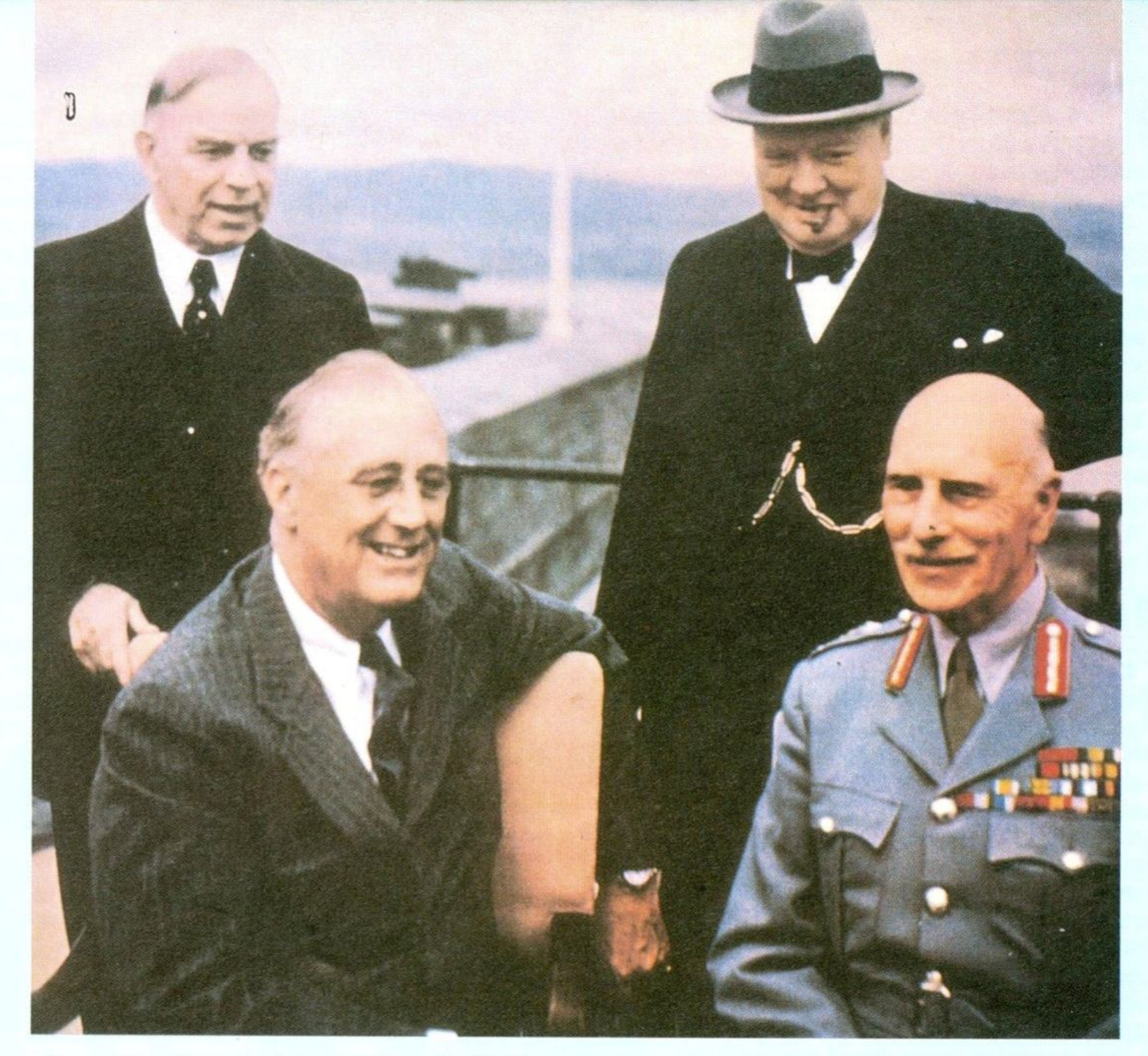
Todas estas instituciones, junto con las medidas de excepción que se implantan, contribuirían decisivamente a desnaturalizar o anular a muchos de los principios teóricos o realizaciones prácticas del *New Deal.* Pero lo cierto es que, a la vista de las nuevas circunstancias, muy pocos son los que se duelan de ello.

Con la guerra, en efecto, el acuciante problema del paro desaparece por completo, siendo sustituido por el pleno empleo. Esto produjo entre la población un clima muy propicio de apoyo a la situación, que de forma tan repentina había venido a solucionar un problema que se arrastraba desde hacía tantos años sin presentar señales de arreglo posible.

Junto con el pleno empleo, los salarios y los sueldos se vieron sensiblemente incrementados, creciendo con ello el poder adquisitivo de todos los sectores sociales. A los ojos de las clases trabajadoras, aparecían por vez primera rasgos visibles de igualitarismo. El nuevo sistema de impuestos contribuía a redistribuir las rentas y la fiscalidad, gravando en mayor medida que hasta entonces a los más ricos. El racionamiento impuesto en algunos artículos alimenticios, al lado de la escasez de otros, hacía crecer la ilusión de esta pretendida nivelación social. La propaganda oficial era clara y tajante a este respecto: todos los norteamericanos tienen —o deben tener— ahora unos mismos intereses y preocupaciones. Intereses y preocupaciones derivados del desempeño de una tarea comunitaria de magnitud histórica: la obtención de la victoria final.

Todo esto ocultaría a muchos la negativa contrapartida que suponía el retraso o la desvirtuación que sufrían los programas de mejora social. Ahora, eran de nuevo los intereses de los grandes empresarios los dominantes, y se reconstruían los grandes monopolios hasta hace poco tiempo perseguidos legalmente. Planes de mejora y reforma sanitaria, asistencial, educacional y laboral se veían postergados en estos años, en directo beneficio de la producción bélica.

Con todo, el Gobierno seguiría sufragando los gastos supuestos por una política expansiva que, ahora sí en realidad, por fin parecía alcanzar a todos los norteamericanos. Por ello se ha afirmado, con absoluta razón, que la guerra vendría a triunfar donde el *New Deal* había fracasado. El orden social ya no era cuestión de preocupación ni para las



Roosevelt y el primer ministro del Canadá, W. Mackenzie (sentados); el conde de Athlone, gobernador del Canadá, y Churchill (en pie), en la conferencia de Québec, 1943, en la que, entre otros temas, se trató de la fundación de las Naciones Unidas

autoridades ni para los empresarios. Las huelgas fueron terminantemente prohibidas y el Ejército siempre estuvo dispuesto a actuar allí donde las nuevas órdenes se viesen incumplidas.

A lo largo de los años de guerra, entre el invierno de 1941 y la primavera de 1945, una elevada proporción de la población norteamericana intervino directamente en las tareas bélicas. Más de 14 millones lucharán en los frentes de batalla, y una cifra que supera ampliamente a los 10 millones trabajará desde puestos civiles en pro del esfuerzo bélico. El costo humano del conflicto será alto: más de 300.000 muertos y unos 700.000 heridos de diferente consideración. En el plano material, los costos generados por la guerra han sido evaluados en más de 320.000 millones de dólares. Pero, junto con estas realidades materiales, los efectos de la guerra van a marcar ya definitivamente el rostro y la mente de los Estados Unidos, que salen de ella convertidos en indiscutible primera potencia mundial.

Es el momento en que tiene lugar un proceso de acelerada urbanización del país; los espacios rurales pierden gran cantidad de población en beneficio de unas ciudades cada vez más necesitadas de servicios de toda clase. La prosperidad general ha contribuido a elevar el nivel de vida, pero también contribuye activamente a fomentar una serie de graves problemas, como aquella superpoblación de las áreas urbanas, la insuficiencia de los sistemas de atención sanitaria y escolarización, la tremenda progresión de la delincuencia y, por último, una marcada perturbación de los tradicionales esquemas de vida familiar y comunitaria.

Pero ya las transformaciones mentales nacidas al calor de las circunstancias excepcionales vienen a definir los Estados Unidos que viven la euforia de la victoria de 1945. Las mujeres han accedido al mundo del trabajo en una elevada proporción y, al igual que negros o miembros de otras comunidades étnicas marginadas, ya no abandonan las conquistas que han sido capaces de obtener.

La Norteamérica de 1932, que se lanzó desesperada e ilusionada a la vez en brazos de la idea del *New Deal*, conservaba todavía unas trazas fundamentales heredadas de los tiempos de su formación, como país nacido de la aportación humana procedente de distintos puntos del mundo. Pero este tradicionalismo, que otorgaba al nuevo país una base sobre la que edificar toda una evolución histórica dotada de entidad, se mostraría con oca-

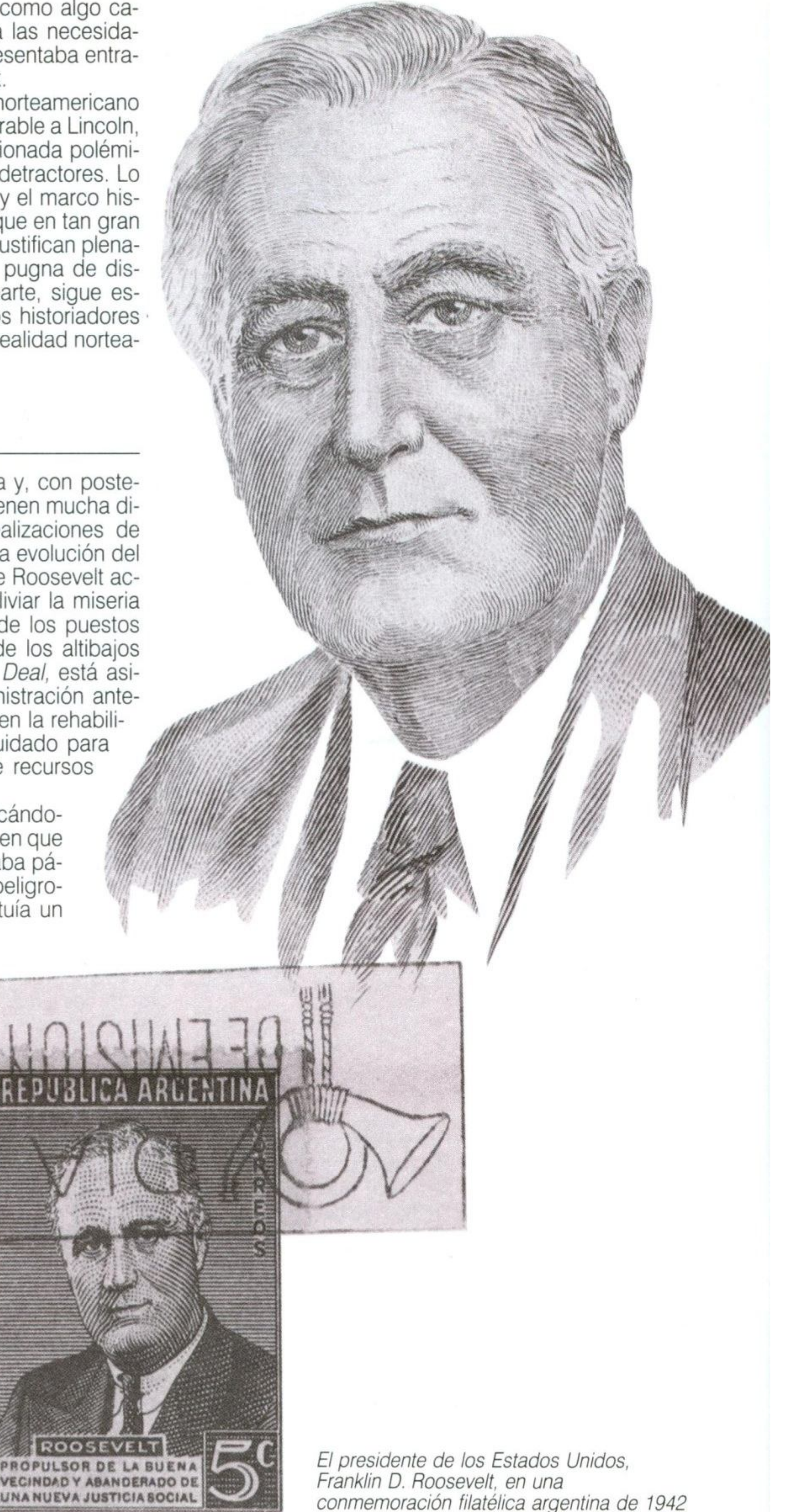
sión del drama de la depresión como algo caduco, e incapaz de responder a las necesidades que su dinamismo social presentaba entrada la tercera década del siglo XX.

Roosevelt sería el presidente norteamericano que, solamente a un nivel comparable a Lincoln, se convertiría en objeto de apasionada polémica entablada entre partidarios y detractores. Lo cierto es que su trayectoria vital y el marco histórico en que se desarrolló, y al que en tan gran medida contribuyó a configurar, justifican plenamente estas controversias. Una pugna de distintas opiniones que, por otra parte, sigue estando totalmente vigente para los historiadores o los meros observadores de la realidad norteamericana de hace medio siglo.

El legado de Roosevelt

Los defensores de su persona y, con posterioridad, de su obra política no tienen mucha dificultad en hallar innegables realizaciones de alto fuste y gran repercusión en la evolución del país. En efecto, la Presidencia de Roosevelt actuaría de forma decidida para aliviar la miseria reinante y aumentar el número de los puestos de trabajo existentes. A pesar de los altibajos sufridos por la política del *New Deal*, está asimismo claro que ninguna Administración anterior había puesto tanta atención en la rehabilitación física del país, y en el cuidado para evitar la permanente pérdida de recursos naturales.

Sus adversarios le acusan aplicándole etiquetas vigentes en la época en que le tocó vivir. Así, como se apuntaba páginas atrás, si para unos era un peligroso comunista, para otros constituía un no menos condenable fascista. Lo cierto es que, si bien actuó con la prepotencia que le permitían las sucesivas mayorías electorales que su partido obtenía en las urnas de forma democrática, en ningún momento se salió del marco legal establecido por la Constitución. Sus mismos tropiezos con el Tribunal Supremo son una ilustradora prueba de ello. Roosevelt había afirmado en uno de sus cuidados discursos, elaborados con el fin de hacerse de inmediato con un masivo auditorio situado en general a grandes distancias de su persona, que *La única garantía de continuar la libertad es un Gobierno lo bastante fuerte para proteger los intereses del pueblo, y*



El presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, en una conmemoración filatélica argentina de 1942

un pueblo lo bastante fuerte y bien informado para mantener su control soberano sobre el Gobierno. Una hermosa idea que la realidad de los hechos convertiría en irrealizado desideratum. Pero lo cierto es que mientras duró como tal, el *New Deal* pudo representar para muchos una verdadera aproximación práctica al ideal del Estado como instrumento destinado a cuidar y proteger a sus ciudadanos.

Es cierto que Roosevelt fue un hombre flexible e inteligente, pero al mismo tiempo superficial y escasamente dotado del adecuado sentido de la responsabilidad. Es cierto también que su muerte, producida en el momento del mayor triunfo como estadista mundial, aportaría a su figura todo un halo de mitología de la que aún se nutren algunos sectores del liberalismo norteamericano. De él, así, siempre puede decirse que *si hubiese vivido, hubiese hecho esto o aquello.* Con lo cual puede resultar especialmente útil para algunas posiciones o circunstancias concretas.

Pero, por encima de estas consideraciones centradas en la figura de un hombre, se sitúan las realizaciones de una etapa voluntarista, cuyo rastro va mucho más allá de la mera gestión para la solución de problemas inmediatos. En efecto, son dos los aspectos complementarios que deben ser destacados como fundamentales a la hora de establecer una valoración del período 1933-45.

En el aspecto económico, el sistema del *New Deal* actuó de forma decisiva como elemento de estabilización y mejora de las formas de producción capitalistas, duramente afectadas como consecuencia de la gran depresión. Así, quienes parecían atacarlo, realmente se esforzaron para salvar al capitalismo norteamericano, liberándolo de todos los elementos negativos o innecesarios que tenía, y llevándolo a adecuarse a las necesidades planteadas por el momento histórico.

En este aspecto político, el *New Deal* personificado en Roosevelt tendría asimismo una decisiva actuación y efectos. Frente a unas instituciones profundamente desprestigiadas, la población recuperaría su estima por la naturaleza y funciones del Estado. Los poderes públicos pasaban así, de ser unos meros instrumentos de obtención de beneficios para una minoría, a convertirse en verdaderos impulsores del interés comunitario.

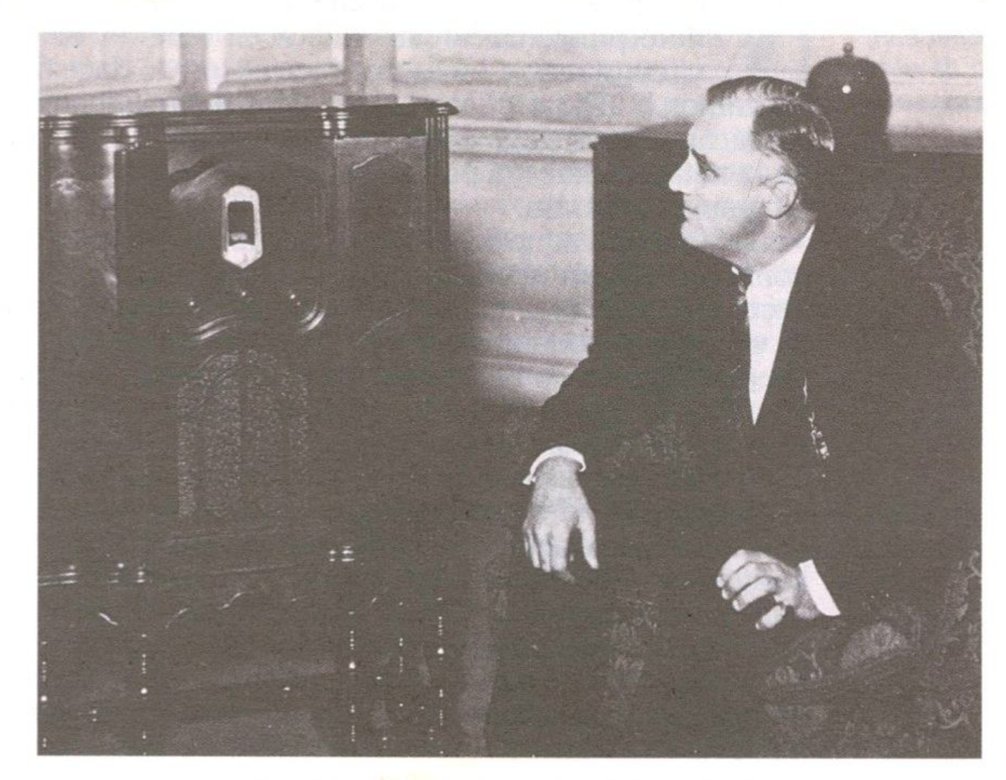
Y, de forma paralela, toda la trayectoria del régimen, sobre todo en sus etapas más activas, venía a demostrar las grandes posibilidades que la interpretación de la Constitución permitía. A partir de Roosevelt, en efecto, los Estados Unidos se hallan plenamente preparados para enfrentarse a todas las necesidades que plantee el curso de los siguientes decenios.

La era de Roosevelt, la época de la gran esperanza, había sido además la que fijara de forma efectiva los grandes rasgos que han pasado a definir a la cultura norteamericana. Sería durante estos años cuando escribieron lo mejor de su obra Faulkner y Scott Fitzgerald, Hemingway y Steinbeck, O'Neil y Saroyan, Lovecraft y T. S. Elliot... Mientras Nueva York y Chicago remataban sus mejores rascacielos, los cáusticos pinceles de Wyeth y de Hopper reflejaban la América profunda.

Allá en la tierra de promisión que era California, la gran fábrica de sueños de Hollywood fulguraba como nunca lo había hecho, y como jamás volvería a hacerlo. La pujante creatividad norteamericana, fruto de la mezcla de culturas, se veía reforzada con la aportación que la marea nazi arrojaría a estas playas, proclamadas *patria de la democracia.* A través de las emisoras de radio no había cesado de escucharse la música del viejo *jazz,* al tiempo que se anunciaba la premonición del *rock;* Gerswhin, Copland, Berlin y Miller hacían vibrar al país entero al son de sus melodías. Todo un sueño de libertad creativa que no tardaría en caer bajo el hacha del rigor inquisitorial nacido al amparo de la guerra fría.

Bibliografía

Adams, W. P., *Los Estados Unidos de América,* Madrid, Siglo XXI, 1980. Bauer, E., *Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Rialp, 1967. Calvocoressi, P. y Wint, G., *Guerra total,* Madrid, Alianza, 1979. Conkin, P. K., *The New Deal,* New York, 1975. Duroselle, J. B., *Politique exterieur des Estats Unis,* Paris, Armand Colin, 1960. Fohlen, C., *L'Amérique de Roosevelt,* Paris, Impr. Nationale, 1982. Fontaine, A., *Historia de la guerra fría,* Barcelona, Caralt, 1970. Galbraith, J. K., *El crac del 29,* Barcelona, Seix Barral, 1976. Gunther, J., *Roosevelt en perspectiva,* Buenos Aires, Americana, 1964. Hofstadter, R., *La tradición política americna,* Barcelona, Seix Barral, 1969. Hubermann, L., *Nosotros, el pueblo,* México, FCE, 1971. Leon, P., *Historia económica y social del mundo, 1914-1947,* Madrid, 1979. Liddell Hart, B. H., *Historia de la Segunda Guerra Mundial,* Barcelona, Caralt, 1972. McGregor, J., *Roosevelt,* México, Grijalbo, 1974. Morison, S. E., *Historia del pueblo americano,* Barcelona, Caralt, 1972. Nolta, E., *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas,* Barcelona, Península, 1971. Parker, R. A. C., *El siglo XX,* Madrid Siglo XXI, 1978. Renouvin, P., *Historia de las relaciones internacionales siglos XIX-XX,* Madrid, Akal, 1982. Roosevelt, E. y Brough, J., *Los Roosevelt de Hyde Park. Una historia inédita,* Barcelona, Grijalbo, 1976. Schlesinger, A. M., *La era de Roosevelt,* México, Uteha, 1961 (ésta es la obra fundamental y todavía no superada). Stettinius, E. R., *Roosevelt y los rusos,* Barcelona, Plaza y Janés, 1968. VV.AA., *Historia mundial del siglo xx,* Barcelona, Vergara, 1971.



Franklin D. Roosevelt escuchando la radio, 1932

La América de Roosevelt

Textos

CUADERNOS
historia 16

El capitalismo USA, mayor de edad

NUESTRA instalación industrial está ya completada, y el verdadero problema hoy día radica en saber si, en las presentes circunstancias, no es más bien excesiva. Hace tiempo que alcanzamos la última frontera, y en nuestro continente no queda ya prácticamente ninguna tierra libre por descubrir o por colonizar. Más de la mitad de nuestra población actual no vive con el fruto directo de granjas y tierras...

Ya no existe aquella válvula de seguridad para los deshauciados por la maquinaria económica del Este, los cuales podían lanzarse a la conquista de las praderas del Oeste para rehacer en ellas una nueva vida. Ya no podemos permitirnos el lujo de invitar a los inmigrantes procedentes de Europa para que compartan nuestra inagotable abundancia. Por el contrario, ahora hasta nuestra misma población padece mil necesidades...

Las frías estadísticas de los tres últimos decenios demuestran que el empresario independiente lleva todas las de perder... Si el proceso de evolución sigue por los mismos cauces, y al mismo ritmo que hasta ahora, al cabo de un siglo toda la industria de nuestro país estará controlada por una docena de sociedades, manipuladas a su vez por unas cien personas en total...

Nuestra misión actual carece, si se quiere, de la grandeza y del dramatismo de la propia de nuestros padres, pues se reduce a: administrar los recursos y los complejos industriales ya en explotación; tratar de restablecer los mercados exteriores que absorban nuestros excedentes; solucionar el problema del infraconsumo interior; ajustar la producción al consumo; distribuir más equitativamente la riqueza y el producto de la empresa, y acondicionar, en fin, las organizaciones económicas existentes para una mayor eficiencia en el servicio al pueblo. Ha llegado la hora de los hombres con genio administrador, como antes lo fue para los dotados de genio creador...

A mi entender, la misión del Estado en relación con la empresa consiste en impulsar el estudio y formulación de una declaración de derechos en el plano económico, es decir, en la promulgación de una verdadera *constitución* de orden económico...

Por fortuna, nuestra actual experiencia indica que la creación de este nuevo orden es no sólo la política más adecuada de gobierno, sino que representa también la única vía de salvación para nuestras estructuras económicas. Ahora sabemos a ciencia cierta que éstas no pueden seguir existiendo a no ser que la prosperidad sea uniforme; es decir, a no ser que el poder adquisitivo esté perfectamente distribuido entre todos los sectores de la población (...). *(Discurso en la campaña electoral de 1932. Citado por HOFSTADTER, R., Op. cit.)*

Profesión de fe

QUIERO declarar mi firme convicción de que a la única cosa a la que hay que temer es al temor mismo; terror sin nombre, irracional, injustificado, que paraliza todos nuestros esfuerzos, para convertir la retirada en avanzada... En cada hora oscura de nuestra vida nacional, aquellos que guiaron el país con franqueza y vigor obtuvieron siempre por parte del pueblo esa comprensión y ese apoyo tan esencial para la victoria... La abundancia se encuentra en el umbral de nuestras casas, pero cuando estamos a punto de tocarla con las manos nos quedamos sin gozar de ella. ¿Por qué? Porque quienes regulan la distribución de los bienes de la humanidad han fracasado por su propia obstinación e incompetencia, han admitido su fracaso y han renunciado... No fueron previsores, y

cuando esto sucede, el pueblo perece. Los comerciantes han huido de sus altos puestos en el templo de nuestra civilización... Es necesario poner fin a una conducta que, en los bancos, en el comercio y en la industria, muy a menudo ha dado a un sagrado compromiso de fidelidad el rostro de una ruindad endurecida y egoísta... Esta nación exige que se actúe, y que se actúe pronto... Debemos avanzar como un ejército fiel, dispuesto a sacrificarse por el bien de una disciplina común, porque sin esta disciplina no hay progreso y ninguna iniciativa puede tener efecto alguno. Es posible que la exigencia, nunca hasta ahora verificada, de acción inmediata nos exija alejarnos temporalmente del normal equilibrio de los procedimientos de la vida pública (...). *(Discurso de toma de posesión, el 4.3.33. Citado por SCHLESINGER, A. M., Op. cit.)*

De las charlas junto al fuego

SI Gran Bretaña se hunde, las potencias del Eje controlarán el continente europeo, Asia, Africa, Australia y los grandes mares; se hallarán en posición de lanzar sus enormes recursos, militares y navales, contra este hemisferio. No es una exageración decir que todos los que vivimos en las dos Américas estaríamos bajo la amenaza de un arma: un arma cargada con balas explosivas, así económicas como militares... Debemos producir armamentos y barcos con todas nuestras energías y recursos. Debemos ser el gran arsenal de la democracia...

Los pueblos de Europa que se están defendiendo no nos piden que luchemos por ellos. Nos piden material de guerra: aviones, tanques, cañones, barcos mercantes, con los que les sea posible luchar por su libertad y por nuestra seguridad. Categóricamente, debemos entregarles tales armas en el volumen apropiado y con la suficiente celeridad, a fin de que nuestros hijos se ahorren la agonía y el sufrimiento de una guerra que otros han tenido que padecer.

(Justificando la ayuda material a Inglaterra, el 28 de diciembre de 1940.)

(...) Supongamos que se incendia la casa de mi vecino, y yo dispongo a escasos metros de distancia de una manguera bien larga. Si él puede disponer de mi manguera y conectarla a su boca de riego, le habré ayudado a extinguir el fuego. ¿Qué he de hacer en tal caso? No le voy a decir: *Vecino, esta manguera me costó quince dólares; páguemelos.* ¡No! ¿Qué he de hacer, pues? No quiero los 15 dólares; lo que quiero es que me la devuelva cuando haya extinguido el fuego.

(Explicando la Ley de Préstamos y Arriendos, el 11 de marzo de 1941.)

Nadie puede predecir esta noche el momento en que estarán listos los planes de los dictadores para atacar a este hemisferio. Pero sí sabemos que sería un suicidio esperar a que se encuentren en el patio de nuestra casa. Cuando el enemigo se acerca en un tanque o en un bombardero, si no disparamos hasta verle el blanco de los ojos, nunca sabremos quién nos mató. Nuestro Bunker Hill del mañana puede estar a varias millas de Boston...

Existen muchos tímidos entre nosotros que dicen que debemos preservar la paz a toda costa, no sea que perdamos nuestras libertades para siempre. Yo les digo: Nunca en la historia del mundo ha perdido una nación su democracia en lucha victoriosa para defen-

derla. No debemos ser derrotados por temor al peligro mismo que nos disponemos a resistir. Nuestra libertad ha demostrado su capacidad para sobrevivir a la guerra, pero nunca sobreviviría a la rendición. Nuestro mayor enemigo es el propio temor.

(Sobre la inminencia de la entrada en la guerra, el 27 de mayo de 1941.) (En SCHLESINGER, A. M., Op. cit.)

La visión de un intelectual

LOVECRAFT seguía hablando volublemente sobre *fuerzas históricas y sociológicas*, de la *penosa carga de Versalles* y de la amenaza del comunismo, comparado con el cual Hitler era menos malo. Sentimientos similares eran cosa corriente entre los americanos conservadores, aislacionistas, germanófilos o racistas, como H. L. Mencken, el coronel Robert MacCormick, John Foster Dulles y Charles Lindbergh.

Al mismo tiempo, Lovecraft se convirtió en un entusiasta defensor de Franklin D. Roosevelt y su Nuevo Trato. Roosevelt, decía, era en definitiva un caballero. Si su programa se proponía ayudar a las masas ignorantes, eso no era más que la *noblesse oblige* de un auténtico aristócrata respecto de sus inferiores (...). Hacia 1935, Lovecraft se encontraba ya curado de su tendencia facista. Aún apoyaba a Roosevelt, pero confesaba que le tenía perplejo el problema de *cómo lograr un tipo de socialismo decente.* Prefería el proceso evolutivo escandinavo hacia el socialismo, pero dudaba que fuese factible en los Estados Unidos sin un *coup d'Etat.* Este podía provenir de algún grupo tiránico o arbitrario... (...). *(DE CAMP, S., «Lovecraft», Madrid, Alfaguara, 1978.)*

Una condena frontal: Herbert Hoover

EN esta sala reside la responsabilidad mayor que ha tomado cuerpo en americanos de tres generaciones. En sentido restringido, ésta es una convención de un gran partido político. Pero en sentido amplio es una convención de americanos para determinar la suerte de aquellos ideales por los que esta nación fue fundada. Algo que va mucho más allá de cualquier partidismo.

Existen corrientes elementales que hacen o deshacen el destino de las naciones. Existe una voluntad moral en el universo. Aquellas fuerzas que afectan la vitalidad y el espíritu de un pueblo podrán decidir su destino. La suma de años de servicio público de estas corrientes es la abrumadora convicción de su trascendental importancia sobre las más transitorias, aunque dificultosas, decisiones de la vida nacional.

He investigado durante cuatro años dentro del *New Deal,* tratando de determinar cuáles eran sus objetivos últimos, qué clase de sistema está siendo impuesto sobre este país.

Para algunos constituye un extraño interludio en la historia americana, en el que no existe filosofía alguna sino mero oportunismo; es una confusión de estropicios, de política emocional, de imprudente aventura, de untuosas afirmaciones de contar con el monopolio de la simpatía humana, de codicia de poder, de deseo de aclamación popular y de aspiraciones a ocupar la primera página de los periódicos. Esta es la visión más caritativa.

Para otros es un desalmado intento por parte de ingenuos muchachos de infectar al pueblo americano con una mescolanza de ideas europeas, sazonada con nuestra particular predilección por obtener algo a cambio de nada.

Podéis elegir la opción que os parezca mejor. Pero la primera es la vía hacia el caos que lleva a la segunda. Ambos caminos condu-

cen hacia el mismo horrible precipicio que es el daño y, posiblemente, la destrucción de la libertad de los hombres (...) *(H. HOOVER a la Convención Nacional Republicana. Cleveland, 10.6.1936. Recop. en «The Annals of America», vol. 15. Encyclopaedia Britannica, 1976.)*

Hitler: Roosevelt y yo

UN abismo infranqueable separa las concepciones de Roosevelt de las mías. Este hombre, salido de una familia rica, pertenece desde su nacimiento a esa clase llamada privilegiada cuyos orígenes, en los países democráticos, allanan todos los problemas de la existencia. Yo, hijo de una familia pobre, he tenido que abrirme camino en dura lucha trabajando encarnizadamente y sin merced. Roosevelt vivió la primera guerra mundial bajo la sombra protectora de Wilson, en la esfera de los exploradores. Por ello no conoció sino las agradables alternativas de las querellas entre los pueblos, de las que se benefician los que manejan los negocios, mientras los demás derraman su sangre. Yo era el simple soldado que cumple las órdenes de sus jefes. Me fui pobre a la guerra y volví de ella pobre. Yo compartí la suerte de millones de hombres y Roosevelt la de los privilegiados a los que se llama *Los Diez Mil*. Después de la guerra, se apresuró a explotar sus actividades de especulador sacando partido de la inflación; es decir, de la miseria de los otros, mientras que yo yacía entonces en una cama de hospital.

El nacionalsocialismo asumió el poder en Alemania el mismo año en que Roosevelt empezó a ser presidente de los Estados Unidos. Era llamado a gobernar un Estado en decadencia económica, mientras que yo tomaba las riendas de un Reich hundido en la ruina por culpa de la democracia. En tanto que, bajo el régimen nacionalsocialista, tenía lugar en Alemania un renacimiento económico, artístico y cultural sin precedentes, los Estados Unidos, bajo la presidencia de Roosevelt, fracasan en la realización de las más mínimas mejoras.

Esto no debe sorprendernos si pensamos que los hombres cuyo apoyo buscó Roosevelt, o, más exactamente, los que le llevaron al poder, pertenecen al medio judío, cuyos intereses se basan en el desorden, la disgregación y la inversión de los valores. La legislación del *New Deal*, creación de Roosevelt, fue un tremendo error. En tiempos de paz, el haber sostenido una política semejante habría hecho caer a su autor, cualquiera que fuese su habilidad dialéctica. En un Estado europeo, Roosevelt habría sido conducido ante un tribunal, acusado de dilapidación de la riqueza nacional y difícilmente se habría librado de un tribunal de derecho común, a causa de sus manejos delictivos.

Numerosos americanos, y no de los menos importantes, han formulado un juicio severo sobre el *New Deal*. Una oposición amenazadora se concentra sobre la cabeza de este hombre y le hace presentir que no encontrará la salvación mas que desviando la atención pública de la política interior hacia la política exterior. Fue sostenido en esta maniobra por su camarilla judía. Toda la judería puso su bajeza diabólica al servicio suyo, y Roosevelt le dio la mano. Así comenzaron a manifestarse los esfuerzos del presidente de los Estados Unidos en el sentido de la provocación de la guerra. Durante años, este hombre alimentó su único deseo: el desencadenamiento de un conflicto en cualquier parte del mundo (...).

(Del discurso del Führer ante el Reichstag, el 11 de diciembre de 1941. Recogido en DUROSELLE, J. B., Op. cit.)

La hora de la guerra

PERMITANME, señores, definir mi actitud frente a ese mundo extraño encarnado en la persona de un hombre que, en el momento en que nuestros valerosos soldados combaten en la nieve y en el hielo, tiene el tacto de pronunciar lo que él llama sus *charlas al amor de la lumbre:* un hombre sobre el que pesa la máxima responsabilidad de esta guerra. Pasaré por alto los ataques insultantes de que soy objeto por parte de este llamado presidente. Ser tratado de *gangster* no me conmueve. Después de todo, este epíteto lleva la marca americana, sin duda porque nuestro continente ignora esta categoría de individuos. Los insultos de Roosevelt no me alcanzan, porque este individuo está loco, como antes lo estuvo Wilson. Para empezar, incita a las naciones a la guerra, falsifica luego sus causas y, cubierto con un manto de hipocresía cristiana, conduce lenta y seguramente a la Humanidad a la guerra, no sin poner a Dios por testigo de la pureza de sus intenciones, como buen francmasón que es.

Yo acuso a Roosevelt de haberse hecho culpable de una serie de delitos contra las leyes internacionales: capturas ilegales de navíos alemanes e italianos; amenazas contra los súbditos del Eje; internamientos arbitrarios y pillaje de los bienes de los internados. Las provocaciones de Roosevelt han ido todavía más lejos. Dio orden a su Marina de atacar, donde lo encontrara, a todo barco con pabellón alemán o italiano, y de hundirlo, en cínica violación del Código Internacional y del Derecho de Gentes. Los ministros americanos se han jactado de haber destruido varios submarinos alemanes. En varias ocasiones, los cruceros americanos han atacado a nuestros barcos mercantes, se han apoderado de ellos y han apresado a sus tripulantes. Ante tales hechos, los sinceros esfuerzos por demostrar una paciencia sin precedentes de Alemania e Italia, en la esperanza de prevenir un nuevo conflicto, a despecho de las insostenibles provocaciones multiplicadas desde hace dos años por el presidente Roosevelt, todos estos esfuerzos digo, han resultado inútiles (...).

(Del discurso del Führer ante el Reichstag, el 11 de diciembre de 1941. Recogido en DUROSELLE, J. B., Op. cit.)

La Carta del Atlántico

FRANKLIN D. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos de América, y Winston S. Churchill, primer ministro de Gran Bretaña, declaran que

I. Sus países respectivos no buscan ningún engrandecimiento territorial o de otra clase.

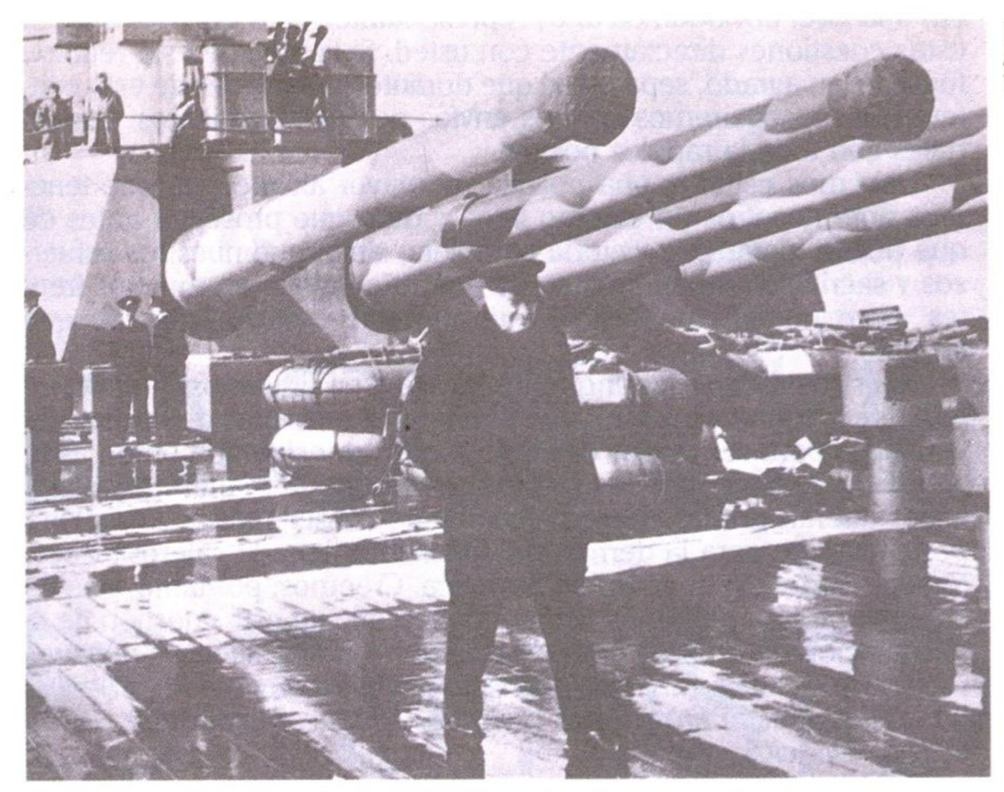
II. Desean que no se produzcan modificaciones territoriales que no sean acordes con los deseos, libremente expresados, de los pueblos interesados.

III. Respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que han de vivir, y desean ver los derechos soberanos y los gobiernos independientes restaurados, dondequiera que hayan sido derrocados por la fuerza.

IV. Se esforzarán, con el debido respeto a las obligaciones existentes, por estimular el acceso —en términos de igualdad— de todos los Estados, grandes y pequeños, al comercio y las materias primas del mundo que sean necesarias para su prosperidad económica.

V. Desean conseguir la más amplia colaboración de todas las naciones en el campo económico, con el fin de asegurar a todos mejores normas de trabajo, progreso económico y seguridad social.

VI. Tras la destrucción final de la tiranía nazi, confían en ver restablecida la paz, que ofrecerá a todas las naciones los medios ne-



Winston Churchill, a bordo del Prince of Wales

cesarios para vivir en un clima de seguridad dentro de las propias fronteras, y que brindará garantías a todos los hombres y en todos los países para vivir sus vidas libres del temor y la miseria.

VII. Una paz tal hará posible que todos los hombres crucen los mares y océanos sin obstáculos de ninguna clase.

VIII. Piensan que todas las naciones del mundo, por motivos realistas no menos que por los espirituales, deben abandonar el uso de la fuerza. Dado que no se podrá mantener la futura paz si los armamentos de tierra, mar y aire siguen siendo utilizados por naciones que amenazan, o pueden amenazar, con la agresión más allá de sus fronteras, consideran que mientras no se alcance el establecimiento de un más amplio y permanente sistema de seguridad general, es una medida esencial el desarme de tales naciones. Igualmente, estimularán y alentarán cualquier otra medida práctica que alivie del aplastante peso de los armamentos a los pueblos amantes de la paz. *(«The Annals of America», vol. 15. Encyclopaedia Britannica, 1976.)*

El tercer aliado

HEMOS aprovechado la oportunidad que nos brindó el estudio del informe del señor Harry Hopkins a su regreso de Moscú, para examinar conjuntamente la mejor manera en que nuestros dos países pueden ayudar al suyo en la espléndida defensa que está haciendo contra el ataque nazi.

En estos momentos nos hallamos cooperando para poner a su disposición el máximo de los abastecimientos que con tanta urgencia necesita. Ya han salido de nuestros puertos muchos buques cargados, y más todavía lo harán en un inmediato futuro.

Solamente a la luz de un pleno conocimiento de los muchos factores que han de ser tenidos en consideración al hacer los necesarios cálculos, pueden establecerse las necesidades y las demandas de sus servicios armados y de los nuestros. Con el fin de que todos podamos tomar rápidas decisiones sobre la distribución de nuestros recursos comunes, sugerimos que se celebre una reunión en Mos-

cú, a la cual enviaríamos altos representantes para que discutiesen estas cuestiones directamente con usted. Si la idea de esta reunión fuese de su agrado, sepa usted que durante las sesiones de esta conferencia proseguiremos con los envíos de abastecimientos y materiales con toda la rapidez posible.

Debemos estudiar una política de mayor alcance, ya que tenemos ante nosotros un camino largo y duro que proseguir antes de que pueda lograrse la victoria completa, sin la que nuestros esfuerzos y sacrificios serían inútiles. La guerra continúa en muchos frentes, cuyo número es posible que aumente todavía antes de que termine.

Nuestros recursos, aunque inmensos, son limitados, y debe estudiarse la forma y lugar en que puedan ser utilizados de forma más ventajosa para ser mayor estímulo a nuestro esfuerzo común. Esto se refiere igualmente a los suministros de guerra manufacturados y a las materias primas. Somos plenamente conscientes de la vital importancia que para la derrota del hitlerismo tiene la valerosa y sostenida resistencia de la Unión Soviética. Creemos, por tanto, que de cualquier forma debemos actuar con rapidez en esta cuestión de la formulación de un programa para la futura distribución de nuestros recursos comunes (...). *(Del mensaje conjunto anglo-norteamericano a Stalin tras la firma de la Carta del Atlántico. Citado por GUNTHER, J., Op. cit.)*

Habla el hijo

DE todas las historias urdidas a su alrededor, quizá la más delirante es la que sostiene que, de modo misterioso, la polio cambió completamente su personalidad. Fue retratado como un hombre joven infatigable y travieso que sólo aprendió a concentrarse cuando perdió el uso de sus piernas y, en consecuencia, adquirió esa habilidad mental y con pasión a través del sufrimiento. Se afirmó que el *playboy* se transformó en el estadista porque no podía saltar desde su escritorio (...).

Mi madre misma ayudó a difundir la ilusión de que mi padre de algún modo había cambiado. *Su enfermedad,* afirmó, *demostró ser una bendición disfrazada, pues le dio la fuerza y el valor que antes no tenía. Tuvo que pensar en lo esencial de la vida y aprender la mayor parte de todas las lecciones: paciencia infinita e interminable perseverancia.* No es muy extraño que la gran mayoría de los historiadores acentuara estas perogrulladas, al precio de la exactitud al describir a mi padre no como auténticamente era, un hombre que constantemente crecía en estatura, ingenio y ambición por el poder desde la época en que dejó la escuela. Durante toda su vida adulta tuvo la misma personalidad definida, la mezcla... de león y zorro. Sólo existía una diferencia, totalmente física: después de 1921 no podía caminar (...).

Desde que tengo memoria ha estado leyendo consideraciones sobre un hombre y una mujer que apenas son reconocibles para mí, y a quienes se identifica con Franklin y Eleanor Roosevelt. Solía ser de buen tono representarlos como seres legendarios de magnitud heroica, inmunes a las debilidades o pasiones humanas... Ultimamente me sentí cada vez más perturbado por una deformación de los hechos que ha conducido a mucha gente a considerar a mi padre como un títere, manipulado por cualquiera que lo intentase, dependiente de mi madre en lo que respecta a fortaleza y sensatez. A su vez, ella es vista como una moderna Juana de Arco, incapaz de cometer errores o pecados. Ninguno de sus retratos contiene la más mínima verdad (...). *(ROOSEVELT, E. y BROUGH, J., Op. cit.)*